Apps de ligue:
EL ALGORITMO DEL HORROR



MYRIAM OLIVERAS

HISTORIAS REALES.
MATCHES REALES.
CONSECUENCIAS REALES.

APPS DE LIGUE:
El algoritmo del horror

Myriam Oliveras

El amor se quema con el primer sol de la realidad.

CHARLES BUKOWSKI (1920-1994)

SINOPSIS

Apps de ligue: el algoritmo del horror regresa al universo de las citas digitales, donde esta vez el verdadero peligro no es quedarse en visto… sino haber hecho *match*.

En esta segunda antología, nueve relatos se adentran en el lado más oscuro de las aplicaciones de ligue. Perfiles que esconden algo más que filtros, conversaciones que derivan en obsesiones, citas que no deberían haber ocurrido y algoritmos que parecen conocer demasiado bien nuestros deseos.

Entre la ironía, el suspense y el terror cotidiano, estas historias exploran cómo la búsqueda de conexión puede transformarse en trampa, y cómo, en un mundo gobernado por datos y pantallas, el amor y el miedo a veces usan la misma interfaz.

Porque en el juego del *swipe*… nunca sabes quién —o qué— te está eligiendo a ti.

SINOPSIS
EL *CREEP* DEL LABERINTO
EL PROFESOR SÁDICO
EL CHICO DE LOS OJOS INFINITOS
EL INSOMNE
EL EMPOLLÓN
EL ATRAPACHICAS
EL MARQUÉS DEL RECHAZO OFENDIDO
EL DELINCUENTE DEL POLO LACOSTE
EL ALTERNATIVO VIP
OTROS LIBROS DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

EL *CREEP* DEL LABERINTO

Le conocí hace muchos años, cuando aún estaba en la universidad y era una joven incauta con el corazón sembrado de sueños imposibles. Ambos estábamos pasando el rato en una app de nombre absurdo, cuando de pronto topamos con el perfil del otro y comenzamos a charlar.

Ya desde el primer mensaje, sospeché que le faltaba un hervor. Su escritura, salpicada de faltas de ortografía y errores tipográficos, parecía obra de unas zarpas impacientes más que de dedos humanos.

Sin embargo, sus fotos ejercían una persuasión difícil de rebatir: ojos rasgados, de un azul casi translúcido, y un porte de vampiro del este de Europa, exótico y seductor. Su aspecto logró que pasara por alto delitos gramaticales que, en cualquier otro, habría sido imperdonables.

Se llamaba Ferrán y era estudiante de jardinería, una ocupación que se me antojó cuanto menos insólita, pero con cierto toque encantador. Cuando me dijo que tenía programadas unas prácticas en el Parc del Laberint d'Horta, mi lugar preferido de Barcelona, me pareció una señal de destino.

Como yo comenzaba las clases un poco más tarde aquella semana, debido a la enfermedad de un profesor, acordamos que nos veríamos en Mundet, la parada de metro más cercana al parque. Una vez juntos, daríamos una vuelta por la zona antes de que cada uno pusiera rumbo a sus respectivas ocupaciones.

En cuanto empecé a subir las escaleras del metro y lo vi esperándome, se me cayó el alma a los pies.

Incluso a varios metros de distancia, resultaba evidente que el chico no era del todo normal. Había algo en su manera de mirar y de moverse que lo apartaba de nuestra especie, como si fuese un

alienígena llegado de un planeta de pesadilla. Tenía los ojos muy separados, el pelo liso y demasiado largo por los lados, y una mirada esquiva, algo bizca, que me puso los pelos de punta. Seguía pareciendo un vampiro, pero muy lejos de la elegancia decadente de las novelas de Anne Rice: evocaba más bien a Nosferatu.

Lo peor, sin embargo, era su forma de hablar, con un marcado acento catalán y unas risotadas agudas que lanzaba sin venir a cuento, como si sufriera la misma enfermedad que el Joker.

Tras intercambiar el saludo de rigor, comenzamos a subir por la calle que conducía al laberinto. El silencio era sepulcral, roto tan solo por los gritos de los pájaros que revoloteaban sobre nuestras cabezas. En cualquier otro contexto, aquel paisaje —un auténtico *locus amoenus* de vegetación exuberante y refulgente cielo azul— habría invitado a trinos armoniosos, pero aquella mañana sus graznidos sonaban más bien como un cántico fúnebre.

Al final, extenuados por la subida de aquella carretera serpenteante, nos dejamos caer en unos bancos a varios metros de la entrada del parque, adonde ni siquiera pensábamos acceder: cobraban entrada y, además, ambos andábamos escasos de tiempo.

Por mi parte, llevaba rato buscando la coartada perfecta para largarme. ¿En qué momento me había parecido sensato quedar con un tío incapaz de escribir dos frases consecutivas sin cometer una falta de ortografía? Ahora, con él delante, calibraba por fin la magnitud de mi error.

Sin embargo, aún no había llegado el momento estrella de la cita.

Rodeados por un silencio casi ensordecedor y sin rastro de otros seres humanos a la redonda —o, al menos, así lo percibí—, Ferrán clavó en mí sus ojos estrábicos, con una expresión indescifrable, y dijo:

—Quizá te da miedo lo que voy a decir…pero a mí es que me va el humor macabro.

En aquel momento, lo primero que se me pasó por la cabeza fue:

«Ya está. Ahora es cuando me apuñala mientras estalla en otra de sus dementes carcajadas.»

—¿A qué te refieres con humor macabro? —farfullé cuando por fin me salió la voz.

—Chistes sobre las Torres Gemelas y esas cosas.

En ese momento decidí que ya había tenido suficiente. Le dije que se me hacía tarde y que lo mejor sería encaminarnos hacia el metro. Por supuesto, no le pedí que me contara ninguno de aquellos chistes que, con toda probabilidad, solo le harían gracia a él.

Aunque estábamos a tiro de piedra del parque —donde tenía su supuesta práctica de jardinería—, insistió en acompañarme hasta el metro e incluso bajó conmigo los escalones.

Ya en la estación, me despedí procurando mantener la mayor distancia posible de su cara, por si se le ocurría algún conato de efusión romántica, y le di dos besos rápidos, apenas rozándole.

Él sonrió y, ajeno a mi incomodidad, me envolvió en un abrazo interminable, empeñado en pegar su cuerpo al mío.

Entonces lo comprendí por fin: el chico no era tímido como había creído al principio… era un psicópata.

Me despedí con la mayor prisa posible y me escabullí dentro del vagón del metro, rogando que arrancara de una vez. Por alguna razón, sin embargo, la salida se estaba retrasando.

No había pasado ni un minuto cuando sentí vibrar mi teléfono. Lo saqué de la bandolera y comprobé, con un sobresalto, que era él. ¡Me estaba llamando! ¿Qué podía querer si acabábamos de despedirnos?

Rechacé la llamada con el corazón desbocado y, casi de inmediato, me llegó un mensaje de WhatsApp:

¿Ha salido ya tu metro?

Estoy volviendo a la estación,

me han anulado la práctica.

Si quieres, te acompaño a la uni,

así tenemos más rato para hablar.

El texto, por supuesto, estaba sembrado de faltas de ortografía que prefiero no reproducir.

En ese momento, como el cántico de un coro celestial, oí pitar las puertas del metro, que se cerraron pasados unos pocos segundos. Hasta entonces, había temido que él siguiera merodeando por las inmediaciones y que, al verme dentro del vagón, echara a correr para colarse dentro, prolongando hasta la eternidad aquella cita absurda.

Con el pulso aún acelerado, tecleé:

Sorry, mi tren ya ha salido de la estación.

¡Otra vez será!

Él insistió, implacable:

¿Cuándo volvemos a quedar?

La próxima vez, ponte menos ropa

y más ajustada. Me gustan tus curvas.

Me quedé a cuadros. Estaba claro que el tío era un completo imbécil. ¡Encima de loco, pervertido!

Ahí fue cuando decidí ignorar sus mensajes, de forma que él comenzó a llamarme otra vez. ¿Estaría mal de la cabeza?

Rechacé sus constantes llamadas y, al final, bloqueé su número.

No me gusta hacerle *ghosting* a la gente, pero aquel día, no vi otra salida, sobre todo cuanto conté cinco llamadas perdidas en un espacio de diez minutos. Ciertas formas de insistir no son halagos, son advertencias.

Aún hoy me pregunto si la supuesta práctica de jardinería en el laberinto era real, o solo una excusa para quedar conmigo en un lugar que pretendía ser romántico. O más bien, alejado de todo, teniendo en cuenta las pintas de *psycho killer* que tenía el personaje.

Lástima que la experiencia se acabase pareciendo más a la película *El cortacésped* que a un cuento de hadas tipo *Eduardo Manostijeras*.

Incluso ahora, tantos años después, mi memoria insiste en deformarlo todo. Visualizo a Ferrán encaramado a una escalera frente a un arbusto enorme, salpicado de un rojo espeluznante.

De pronto, se vuelve hacia mí con una sonrisa macabra, empuñando unas tijeras de podar relucientes, mientras en el aire solo flota el *zas, zas* metálico de las cuchillas.

Y, aunque sé que no es más que una fantasía tardía, a veces me sorprendo agradeciendo, con un escalofrío, haber subido a aquel metro cuando lo hice.

EL PROFESOR SÁDICO

Mi error fue suponer que, con esa pinta de chico inocente —mezcla de *hippy* distraído y ratón de biblioteca—, no podría hacerme daño.

Por las mañanas, trabajaba como profesor de historia en un colegio privado, dando clases a alumnos de la ESO; por las tardes, cursaba un máster en historia medieval. Dos detalles que me resultaron muy atractivos desde el principio. Sin embargo, su aspecto algo desaliñado —botas de montaña del Decathlon, pantalones cargo y largo cabello castaño recogido de manera descuidada en una coleta— no me sedujo de entrada.

¿El motivo? Mi personalidad masoquista, sobre todo en temas románticos, que me hace sentir atracción por hombres a los que considero peligrosos. Y la verdad, Roc parecía tan inofensivo como un cachorro.

¡Qué equivocada estaba!

El chico no era solo un cerebrito: también tenía un lado artístico. Tocaba la guitarra y cantaba, como descubrí en una de nuestras videollamadas antes de conocernos. Interpretó *Ayo Technology* con una maestría que contrastaba con su apariencia de universitario despistado.

Fue entonces cuando, sin darme cuenta, empecé a engancharme a él, aunque a nivel físico no me pareciera nada especial. El peligro todavía estaba por llegar.

Quedamos una tarde de otoño en la que el aire olía a brasas, castañas y petricor. El viento traía ráfagas de ozono, tierra mojada y chispas eléctricas, junto con la promesa de algo serpenteante y refulgente como una cinta de satén que se escapa de las manos.

Roc y yo dimos un largo paseo por el barrio gótico. Entre plazas y callejones, me contó anécdotas interesantes de la ciudad, demostrando que era un historiador de los pies a la cabeza.

Me reveló, por ejemplo, que el famoso Arc del Bisbe, junto a la plaza de la Catedral, era falso: una reconstrucción chapucera del original. Así fueron cayendo otras verdades sobre la ciudad, desde murallas romanas hasta rincones que nadie visitaba. Yo, fascinada por sus conocimientos, le escuchaba embelesada, si bien algo decepcionada por aquella cualidad de cartón piedra de mi amada Barcelona.

Más tarde, fuimos a tomar algo a una cafetería del Raval, donde, según él, servían unos batidos de chocolate deliciosos.

Yo me había vestido de lo más soso, nada acorde a una cita romántica; pensaba que solo íbamos a ser amigos y no quería darle falsas esperanzas.

Aun así, su inteligencia y aires de sabio empezaban a hacer mella en mí, y en persona era más atractivo de lo que dejaban adivinar las fotos. Su carisma era sutil pero perturbador, y yo, tan ilusa como de costumbre, seguía empeñada en creer que el chico era la inocencia personificada.

Cuando terminé mi batido y él su Heineken, le comenté con una sonrisa ingenua que odiaba el sabor del alcohol, pero que me encantaba saborear la cerveza en bocas ajenas. Roc me miró con una sonrisa enigmática, y antes de que pudiera reaccionar, se lanzó hacia mis labios con una precisión felina.

En ese instante, algo en su gesto dejó de ser inofensivo; la inocencia que yo admiraba se tiñó de un filo que no supe cómo describir, y una corriente eléctrica recorrió mi espalda al darme cuenta de que no había duda: aquel chico, bajo su máscara de candidez, disfrutaba del control.

Me gustó el beso, la sorpresa y el descaro del mismo. Y aún me quedé más atónita cuando, a la mínima, intentó meterme mano, pese a estar en un lugar público a media tarde. Después de dar un poco la nota, salimos a dar otro paseo antes de despedirnos, acordando vernos otro día.

Alguien más avispado que yo le habría visto el plumero de inmediato cuando, a la noche siguiente, recibí un mensaje suyo de lo más peculiar.

Yo me hallaba en compañía de una pareja amiga, tomando algo en un bar nocturno. En el mensaje, Roc me insinuaba que estaba cerca de donde yo vivía y quizá podríamos vernos, que estaba muy caliente y ansiaba recorrer mi cuerpo con sus manos y su boca.

Me quedé en *shock*.

Pensé que estaría borracho y traté de restarle importancia, pero su insistencia encendió todas las alarmas de mis amigos, cuyo consejo fue implacable: ignórale, no quedes más con él, está claro lo único que quiere.

Yo no cedí a su intento de cita al estilo «aquí te pillo, aquí te mato», pero tampoco lo ignoré. Tan solo le respondí que por qué no quedábamos otro día, y él, sagaz como un depredador, me invitó a su casa a cenar el viernes siguiente.

Desde el minuto uno de aquella cita, fue como si se hubiera quitado el disfraz. Se comportó con impertinencia y un desdén calculado. Me contó que había tenido un mal día en el colegio, pero apenas me dirigió la palabra mientras caminábamos hacia un Carrefour cercano para comprar la cena.

Mi estupefacción fue en aumento cuando, pese a haberme «invitado» a su casa, me hizo pagar mi propia pizza —y no hablo de una pizza gourmet, me refiero a una cutre de microondas que costaba apenas tres euros— y siguió de morros durante el trayecto hasta su casa, de nuevo comportándose como un cretino.

Al llegar, me sorprendió la austeridad del entorno: apenas había mobiliario, solo un colchón tirado de cualquier manera en el comedor-cocina. Cada detalle, desde la ausencia de comodidad hasta su actitud desagradable, parecía diseñado para recordarme que aquel hombre, bajo su apariencia de historiador inocente, era dueño de su propio reino de control y desafío.

—Me mudé hace poco y todavía no he comprado gran cosa —fue su explicación, y siguió asombrándome al añadir—: Hacemos una sola pizza y nos la partimos, ¿vale?

O sea, me había hecho pagar mi propia pizza para luego quedársela, comportándose como un roñoso. Dicho esto, me ofreció escoger una taza —al parecer, no tenía vasos— para la bebida, y se burló de mí de forma humillante cuando escogí una con un dibujo infantil, que a saber de dónde habría sacado.

—No me gustan las mujeres que se comportan como niñas —me espetó con un filo que helaba, resoplando mientras me tendía la Coca-Cola que yo misma había pagado.

Una persona con dos dedos de frente habría dado media vuelta y se habría largado tras enseñarle el dedo corazón, pero ya os lo he advertido: hay algo retorcido y masoquista en mi interior, un brillo oscuro que Roc, bajo su fachada de profe bonachón, parecía husmear como si fuera sangre fresca.

La cosa alcanzó cotas de surrealismo cuando, en lugar de meter la pizza en el horno, comenzó a besarme y a magrearme como un animal en celo. Traté de apartarle con amabilidad y le pedí si podíamos dejarlo para después, pues me moría de hambre. Él, como si oyera llover, me dedicó una sonrisa lobuna y me estampó contra la encimera, devorándome la boca.

—¿Seguro que tienes hambre? —me dijo entre beso y beso, deslizándome la mano por debajo de la camiseta—. ¿Estás segura…?

No supe qué hacer, así que al final me rendí. En menos de dos minutos estábamos en su colchón, echando un polvo para el cual él ni siquiera se dignó a desvestirse: para mi gran horror, se dejó puestos el jersey y los calcetines, una horterada que no había visto en años.

La escena fue grotesca, horripilante. Sentí como si cayera por un pozo muy profundo y nada lograse aminorar la caída. De pronto, noté una humedad ardiente en las mejillas y supe que estaba llorando, como me sucedía a veces, cuando hombres como aquel me

humillaban… o, mejor dicho, cuando yo me dejaba humillar. Si él se dio cuenta, lo disimuló con maestría, como un depredador que sabe exactamente hasta dónde puede llegar sin romper a su presa.

De nuevo, pienso que cualquier chica con un mínimo de amor propio habría salido corriendo tras aquella sesión de sexo autoimpuesto: cero satisfactorio, deprimente, vejatorio.

Yo, sin embargo, opté por quedarme y compartir la pizza con él, esforzándome en aparentar normalidad.

Después de la cena —por llamarla de alguna manera— le propuse ver una película, y me respondió que estaba muy cansado, que ya si acaso otro día.

Nunca más volví a verle.

Mientras me acompañaba a la parada de metro —el único gesto caballeroso que mostró en toda la noche— me di cuenta compungida de que había perdido un colgante en algún momento de la velada, quién sabe si por la violencia de sus avances predatorios.

Él dijo que ya lo buscaría por casa, y mencionó la vez que con una ex novia le había pasado algo parecido, solo que ella estaba convencida de que lo había perdido por la calle.

—Me tiré no sé cuánto rato recorriendo todas las zonas por las que habíamos estado, buscando incansable hasta las tantas de la madrugada. Era un idiota romántico y soñador por aquel entonces —bufó, meneando la cabeza con desprecio—. Ahora jamás haría algo parecido.

Algo en mí se quebró al escucharle, y sentí un estremecimiento afilado que me hizo pensar en un carámbano de hielo rajándome por dentro, produciendo el mismo sonido que una costura al rasgarse.

No recuerdo qué nos dijimos al despedirnos, ni si llegó a encontrar mi colgante. Dudo que lo hiciera.

Me obsesioné con él, intenté volver a verle pese a aquella cita degradante, a su indiferencia y a sus respuestas esquivas los días siguientes. Pero tuve suerte: él eligió por mí.

Eligió desaparecer.

Y en ese momento comprendí algo crucial: todo el encanto de la inocencia era un engaño sádico y sutil, y yo había sobrevivido a aquel depredador… sin darme cuenta de que me estaba enseñando algo. Aprendí que algunas personas deberían ser admiradas desde lejos, como especímenes exóticos en un zoológico de la perversión.

Y es que, a veces, el mayor regalo que te puede hacer alguien peligroso es marcharse sin despedirse.

EL CHICO DE LOS OJOS INFINITOS

Cuando le conocí, estaba muy deprimida, con el corazón tratando de recomponer los pedazos remendados demasiadas veces.

Acababa de pasar San Valentín y, un año más, me hallaba sola. Recuerdo recorrer las calles de Barcelona con mi cámara réflex colgando del cuello, fotografiando las decoraciones cursis de todas las tiendas. Cupido lanzaba sus flechas sin cesar, pero ninguna me alcanzaba.

Hasta que… ¡bang! Una hizo diana en mi corazón, una mañana cualquiera.

Fue a través de una de esas *apps* antiguas que permitían incluir bastante información sobre uno mismo, si bien él solo tenía un par de fotos y cuatro datos básicos.

Se apreciaba que era amante del rock clásico y se daba un aire a David Bowie en sus tiempos más jóvenes, con una espesa mata de rizos castaños con toques de oro y los ojos tan azules que parecían de mentira. Su sonrisa canalla, un poco torcida y de labios finos, prometía infinitas noches de placeres prohibidos.

No fue hasta responder a su segundo mensaje cuando me percaté de que, por desgracia, vivía en el País Vasco, en un pueblo entre Bilbao y San Sebastián, a cientos de kilómetros de mí.

Él, sin embargo, ni siquiera se inmutó por aquel obstáculo que se le antojaba insignificante, y apenas llevábamos un par de días hablando cuando sugirió la posibilidad de venir a verme. Y dicho y hecho: compró los billetes del tren a Barcelona.

«Soy adicto a estas locuras inocuas», me escribió en un mensaje que aceleró mi corazón.

Todas las moléculas de mi sangre se concentraron en un baile espumoso y desenfrenado. Iba a tenerle en mis brazos un par de días enteros… El fin de semana siguiente.

Durante aquellos días previos a conocernos, me había enviado alguna foto más reciente —las de la web donde lo había encontrado tenían un aire demasiado profesional, alguna incluso en blanco y negro—, y ya entonces comprobé que el chico poseía una belleza desconcertante. Aun así, nada me habría preparado para el impacto de verlo en persona.

Fue un sábado después de comer, sobre las cuatro de la tarde. Habíamos quedado en que yo pasaría a recogerlo por su hotel, que quedaba a tiro de piedra de casa de mi madre. Esta me había vuelto a acoger después de una temporada complicada a nivel psicológico.

Recuerdo a la perfección cómo me latía el pulso contra el cuello cuando su sombra se proyectó sobre mí. Durante un instante, no me atreví a levantar la mirada. Entonces escuché por primera vez su voz, pronunciando un «¡Hola!» con acento simpático.

Estaba preparada para lo peor, para alzar los ojos y toparme con el doble de Shrek en carne y hueso; quizá por eso, la impresión fue aún mayor cuando por fin lo miré.

¿Os imagináis que alguien pudiera construir una máquina, una especie de impresora 3D futurista, donde introdujerais todos vuestros gustos personales en materia sexual y romántica, y se imprimiera a tamaño real un espécimen humano hecho justo a vuestra medida?

Eso fue justo lo que sentí cuando Gorka apareció frente a mí con su metro ochenta de estatura. Sus ojos de un azul irreal me atraparon al momento, como si me hubieran lanzado una red invisible que no podía esquivar. Respiré hondo, pero mi pecho ya se agitaba, y el aire parecía demasiado denso, cargado de electricidad.

Sus labios macarras esbozaron una sonrisa irreverente que desarmaba cualquier intento de mantener la compostura, mientras la luz de la tarde hacía brillar los aros de sus orejas. Su pelo, más claro de lo que mostraban las fotos, se movía con un viento que solo yo podía percibir. Y cuando mi mirada bajó, la forma de sus piernas,

ceñidas por los tejanos grises, terminó de desordenarlo todo en mí, despertando un deseo oscuro y salvaje.

Todo lo demás desapareció de golpe: la ciudad, la gente, incluso mi razón. Solo existía él, y yo, observando cómo un hombre podía encarnar de golpe todas las fantasías que ni siquiera sabía que albergaba.

—Hola —acerté a balbucear, levantándome del escalón donde me había sentado a esperarle—. Un placer conocerte por fin.

Le di dos besos, medio grogui, y me vi envuelta en su perfume amaderado, cálido y envolvente. Me flaquearon las rodillas.

Yo había decidido enseñarle el centro de Barcelona y, aunque nos quedaba mínimo a media hora a pie, decidí prescindir del metro y dar un largo paseo mientras charlábamos de todo y de nada.

Después de recorrer Las Ramblas un rato, acabamos en un bar poco iluminado donde yo me pedí una Coca-Cola y él una cerveza. Cuando le vi acercarse a la barra para pagar, su trasero se me antojó tan sexy que pensé que aquel hombre debería ser multado por pasearse por la vía pública sin una advertencia escrita en la frente.

Cuando se sentó de nuevo a mi lado, decidí lanzarme a la piscina.

—Te estaba mirando mientras pagabas… y no podía parar de pensar: «Madre mía, qué bueno está».

Él se quedó confuso unos instantes; pensaba que hablaba del camarero. Cuando se lo aclaré, esbozó de nuevo aquella sonrisa maliciosa y se inclinó hacia mí.

Nuestro primer beso surgió con una naturalidad que parecía imposible, como si lleváramos siglos juntos. Sus labios se encontraron con los míos sin torpeza, encajando a la primera. Sentí su lengua abrazar la mía en una danza apasionada, y tuve uno de esos pensamientos peligrosos que surgen en los primeros momentos del amor. Como si toda mi vida me hubiera conducido hasta aquel momento.

Tardé unos segundos en recuperar el hilo de la realidad.

Ambos estábamos desempleados y no sabíamos muy bien qué hacer con nuestras vidas. Yo atravesaba un momento duro a nivel psicológico y estaba en tratamiento; él, por su parte, no soportaba el pequeño pueblo de Vizcaya donde vivía, aunque se estaba planteando presentar un proyecto para quedarse con un local de restauración que había salido a concurso.

—Si no lo hago, mi madre me hará la vida imposible —me dijo, encogiéndose de hombros con aire indolente.

Su actitud cínica, combinada con un positivismo de libro de autoayuda, resultaba a la vez atractiva y chocante.

Igual de singular era la profesión que había escogido, y que yo no habría adivinado ni en un millón de años: era maestro de escuela. Había estudiado magisterio y, según me contó, había enviado su currículum a todos los colegios de Vizcaya, sin éxito hasta el momento.

Deduje que de ahí venía su interés por el local de restauración, tal vez motivado por los largos años que había trabajado en bares nocturnos como camarero. Una época por lo demás bastante turbia, en la que había olvidado noches enteras debido a su larga —y por suerte, ya superada— adicción a las drogas.

Su padre había muerto, igual que el mío, y lo curioso es que, para animarse, se repetía la misma frase que solía decir el mío: «Para atrás ni para coger carrerilla».

No me hizo falta mucho más para enamorarme de él en pocas horas, como la auténtica idiota que era, incapaz de aprender nada tras múltiples corazones rotos.

Después de una cena en mi pizzería preferida, durante la cual seguimos intercambiando anécdotas de nuestras respectivas vidas, me invitó a subir a su habitación de hotel. No soy de las que se acuestan en la primera cita, pero él solo iba a pasar dos noches en Barcelona… y, por algún motivo, me fiaba de él. Había algo noble y

sincero en su forma de comportarse, en su mirada, en sus gestos y en su sonrisa, a pesar de su aire canalla.

Mientras subía con él en el ascensor, me temblaba todo el cuerpo. Nunca había experimentado un deseo tan primario, tan violento. El aire parecía más denso, como si cada segundo se estirara entre nosotros. Solo quería arrancarle la ropa y envolverme en su cuerpo hasta que el deseo nos deshiciera por dentro.

El sexo fue torpe y tierno, con esa pasión insegura que solo aparece cuando algo importa de verdad. Cuando todo terminó y aún seguíamos abrazados, me confesó que llevaba siglos sin tener relaciones sexuales. Resultaba difícil de creer teniendo en cuenta su aspecto físico, pero muy verosímil por su carácter. Se notaba que no se conformaba con cualquiera y, por algún motivo que a mí se me escapaba, yo le había robado el corazón.

Volvimos a hacerlo antes de que me acompañara a casa, y esta vez fue más intenso, más urgente, como si cada segundo se consumiera demasiado rápido. Habría pasado toda la vida en aquella habitación de hotel, sumidos en la tiniebla aterciopelada y con el sonido de nuestras respiraciones como única banda sonora. En apenas unas horas, ya no quería existir en ningún otro lugar que no fuera su piel.

Al día siguiente, volvimos a vernos después de comer. Caminamos kilómetros y tomamos un café en el barrio de Gracia, mi preferido de Barcelona. Ya entonces, siendo solo el segundo día que nos veíamos en persona, fantaseábamos con el momento en el que compartiríamos piso, tal vez en aquel barrio que tanto nos gustaba a los dos. Era como tener el mismo desequilibrio mental, todo resultaba tan precipitado e imprudente… pero a la vez, parecía lo más cuerdo del mundo.

Él ya conocía Barcelona: había vivido allí años atrás. Aun así, se me antojaba irreal que hubiéramos respirado el mismo aire, compartido la misma luz, separados apenas por unos pasos que ahora se sentían eternos. Cada movimiento suyo parecía evocar recuerdos que nunca habíamos vivido, como si aquel espacio nos

reconociera antes que nosotros mismos. Me sorprendía no haber salido disparada hacia él, arrastrada por la fuerza magnética de aquel imán invisible, en cuanto puso un pie en mi ciudad.

Era imposible ignorarlo: algo ancestral e incognoscible palpitaba entre nosotros, un amor que parecía habernos estado esperando desde siempre.

Después del paseo y el café acabamos, cómo no, en su hotel. Pasamos el resto de la tarde, hasta la hora de cenar, encerrados allí, creando un pequeño universo de amor y sexo intenso, cálido y protegido.

Mirando el interior de sus iris tan azules, me sentía infinita. Era como volar con los ojos bien abiertos, sabiendo que, pasara lo que pasara, él no me dejaría caer, que jamás me estrellaría contra el suelo. La búsqueda había terminado: él era el alfa y el omega, el principio y el fin de todo.

Es curioso —lo veo ahora al mirar atrás— la locura absoluta de lo nuestro, planeando irnos a vivir juntos al segundo día de conocernos. Es demencial no haber tenido ninguna duda, haber sentido que solo podía ser él y nada más. Demencial, sí, y absurdo… pero también hermoso, de un modo que dolía, cegador y prístino como la luz del sol.

Ahora lo entiendo: aquella certeza no era cordura, ni prudencia, ni siquiera realismo. Pero, en aquel momento, se parecía demasiado a la verdad como para desconfiar de ella.

Hablamos mucho durante aquellas horas, enredados cada uno en el cuerpo del otro. Hicimos mil planes para las semanas siguientes que, por desgracia, pasaríamos separados. Planeamos que iría a verle apenas quince días después, que pasaríamos un fin de semana en una casa que él tenía en un pueblo pequeño en la provincia de Vitoria.

La despedida fue dura, pero con un matiz dulce, pues sabía —o creía— que él lo tenía tan claro como yo y que, en poco tiempo, nos volveríamos a reunir.

Las dos semanas siguientes transcurrieron sumidas en una rutina agotadora: escribirnos correos larguísimos tres veces al día. Todavía hoy los conservo, aunque sigue doliendo leerlos. Tantos planes perdidos…

No éramos cautos ni cicateros en nuestras fantasías; soñábamos a lo grande. Nos imaginábamos en los rincones más mágicos del planeta: recorriendo la Ruta 66 por Estados Unidos; mecidos por la brisa sureña de Nueva Orleans, contemplando las casas del Garden District que describía Anne Rice en sus novelas; retozando después por alguna playa lejana. Largos y agotadores paseos por los Champs-Élysées y el Quartier Latin de París, besos interminables en lo alto de la Torre Eiffel, compartiendo una *crêpe* bajo la noche estrellada, correteando como niños por los pasillos del Louvre, del Musée d'Orsay, del Rodin.

Juntos recorreríamos el mundo entero, sin preocuparnos por nadie más, sin lanzar siquiera por un segundo la mirada atrás. Y es que nuestros difuntos padres ya nos lo habían dicho, y lo repetíamos mientras nos agarrábamos las manos a distancia: para atrás nunca; ni siquiera para coger carrerilla.

La esperada fecha llegó por fin. Me levanté de madrugada aquel gélido sábado, el primer día de un marzo que aún no anunciaba la inminente llegada de la primavera. Tomé el autobús hasta la laberíntica estación de Sants y allí, tras pasar los controles de seguridad, embarqué en el AVE hacia San Sebastián a las 7:35 de la mañana.

Cinco horas y media después, salí al andén y lo vi esperándome: su pelo color caramelo revuelto, sus ojos de aquel azul líquido de cielo veraniego, centelleantes como las crestas diamantinas de las olas en un día soleado. Avanzó hacia mí con inseguridad —los dos tímidos de repente—, pero nuestros labios no dudaron y se fundieron en un beso de película que me hizo temblar las rodillas.

Fuimos a comer a una cadena de comida italiana bastante mala que nos decepcionó a ambos, y después dimos un paseo por la

costa, contemplando la playa donostiarra. Sin embargo, no permanecimos demasiado tiempo allí, pues ninguno de los dos podía esperar a meterse en la cama y arrancarse la ropa.

Ya en el coche nos moríamos de risa, sobre todo él, que me decía que se pasaba el día «caminando sobre baldosas frías» para poder resistir el fuego del deseo que sentía por mí. Sentada a su lado, mientras contemplaba por la ventanilla un paisaje cada vez más agreste, sentía una felicidad que me parecía sobrenatural.

¿De verdad iba a ser así de maravilloso el resto de mi vida?

Al llegar por fin al pequeño pueblo de Agurain —Salvatierra en español—, fuimos a hacer unas compras rápidas y, ya de regreso a la casita de dos pisos, nos lanzamos el uno sobre el otro como bestias famélicas.

No recuerdo cuántas veces hicimos el amor aquel fin de semana, que hoy evoco como un largo día de verano pese a que era invierno: brumoso por el calor que irradiaban nuestros cuerpos entrelazados, denso como el aire antes de una tormenta.

La necesidad de su piel era dolorosa; el deseo, una enfermedad. El azul de sus ojos lo dominaba todo mientras hacíamos el amor, y a mí me dolía el pecho por la intensidad de aquel sentimiento cuando él clavaba su frente contra la mía y jadeaba:

—Más… más…

Nunca era suficiente, no importaba cuántas veces lo hiciéramos. Quería arrancarle la piel, apartar músculo y tendones para pegar mi corazón envenenado al suyo y dejar que latieran juntos en una danza cegadora.

Era maravilloso y horrendo al mismo tiempo: el paraíso y el infierno fundidos en una mezcla desconcertante; es el único modo en que puedo describirlo. Era la felicidad más pura y la agonía más intensa cogidas de la mano, girando en círculos infinitos.

También hubo momentos extraños y negativos durante aquel fin de semana. Como la primera mañana en que desperté en su lecho y él no estaba a mi lado.

Dado que la casa era un dúplex con dos pisos independientes, le escribí al móvil para saber dónde estaba. Me dijo que no podía dormir y que había bajado a desayunar.

Me sentí fatal al pensar que me había arrebatado nuestro primer desayuno como pareja, y él respondió: «Tenemos toda la vida para desayunar juntos».

Ojalá hubiera sabido que aquellas eran nuestras últimas horas. Que aquel fin de semana sería el último. Que no volvería a verlo jamás.

Cuando bajé y lo encontré sentado a la mesa leyendo un libro de la biblioteca, lleno de *post-its*, recuerdo que me pareció un desconocido. Había algo gélido y esquivo en su mirada, como si existieran lugares recónditos de su persona a los que no me permitía acceder.

Enseguida volvió a la normalidad y me dio conversación mientras yo desayunaba.

No obstante, en las semanas y meses de negrura que se avecinaban, durante días y noches de desesperación absoluta, recordaría a menudo aquella mirada glacial, aquel instante de desconexión. Aquel extraño en el que se había convertido por unos momentos.

¿A qué dedicamos aquel día? Básicamente, lo pasamos en la cama, viendo una de mis películas preferidas, *Eternal sunshine of the spotless mind* —que a él, para mi sorpresa, no le gustó—, y haciendo el amor una y otra vez. No conservo otro recuerdo que su piel blanca y elástica pegada a la mía, el fulgor añil de sus ojos vistos desde cerca, la sensación infinita y maravillosa de tenerle dentro de mí.

Por la tarde, salimos a dar una vuelta y comprar provisiones. Él cocinó la cena —cuscús de verduras—, y después nos relajamos haciéndonos arrumacos en el sofá, trazando mil y un planes sobre nuestro futuro juntos, ese que yo creía que teníamos.

Nos acostamos temprano y aquella noche él durmió profundamente, gracias al Orfidal que decidió tomarse. Recuerdo su sonrisa cuando abrí los ojos, su voz expresando lo feliz que se sentía al despertar a mi lado.

Bajamos a desayunar juntos, y él fue al bar de al lado para traernos dos cafés de buena calidad, pues en la casa solo tenía soluble. Comimos galletas y fruta, mientras planeábamos lo que haríamos aquella mañana. Era nuestro último día antes de que yo tomara el tren de regreso a Barcelona a las cuatro de la tarde.

No recuerdo haber sentido tristeza entonces; solo una ligera prisa, una urgencia por estirar las horas, como si el día pudiera doblarse sobre sí mismo y regalarnos un poco más de tiempo.

Decidimos ir a Vitoria a pasear sin rumbo por sus calles empedradas y medievales. Comimos en un bar de tapas vegano, típicamente vasco, que nos gustó mucho a ambos, y brindamos por todo lo que estaba por llegar.

El tiempo se escurría entre nuestros dedos como granos de arena, como diamantes de valor incalculable perdidos para siempre.

No sabía entonces —por suerte— cuánto rememoraría aquellas últimas horas a su lado durante los días venideros, ni que nunca volvería a mirar dentro de sus ojos ni a oír su risa macarra.

Cuando nos despedimos en la estación, él volvió a ponerse un poco raro. El adiós fue triste y demasiado breve.

Cuando subí al tren sentí que me moría, y a los pocos minutos él me llamó, tenso e inseguro.

—No sé por qué, me ha entrado miedo —me dijo—. He tenido la sensación de que, al perderte de vista, tal vez dejarías de quererme.

Le calmé con palabras dulces, recordándole nuestros planes de pasar la vida juntos, y por fin se convenció de que mi amor, como era evidente, no había cambiado de un minuto a otro. Tal vez fuese consciente de su propia veleidad y, por ese motivo, necesitara asegurarse de que yo no iba a dejar de quererle de repente.

A partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

La lúgubre llegada a Barcelona a las diez de la noche, la lluvia cayendo, implacable.

Las luces borrosas de los coches, los ventanales salpicados de gotas como lágrimas en el autobús que me llevó a mi barrio.

El reencuentro frío y desagradable con mi madre y mi hermano, que parecían molestos conmigo por motivos que se me escapaban.

La cortante angustia de estar sin él.

Los siguientes días fueron de mal en peor. Él estaba frío, extraño. Se enfadó conmigo cuando le dejé leer un diario privado que tenía online y, sin darme cuenta, le di acceso a textos dedicados a chicos de mi pasado.

Admito que fue una cagada por mi parte, un descuido que ahora lamento, pero su reacción fue tan desmesurada que me hizo sentir como si hubiera cometido un crimen imperdonable. Se sintió estafado, como si yo no tuviera derecho a haber amado a otros antes de él.

En un arrebato de celos, solo porque yo había quedado con uno de mis amigos más antiguos, Gorka me gritó —ni siquiera recuerdo por qué—: «¿De qué vas? ¿De qué coño vas?».

Me encogí ante sus palabras. Su voz, antes tan cercana, era ahora un eco extraño, la sombra de algo que había amado. El hombre que creía conocer como mi propio corazón se había vuelto ajeno, hostil… temible.

Al día siguiente, tuve que ir a urgencias por una infección de orina, surgida tras nuestras sesiones de sexo interminables.

Él no contestaba a mis WhatsApps. La tarde anterior le había notado más frío, más lejano; un horrible presentimiento me oprimía el pecho.

Al regresar a casa con el diagnóstico que ya esperaba, también se confirmaron mis otras sospechas: Gorka me llamó por teléfono y me dijo que no podía seguir conmigo. Que prolongar nuestra relación sería un error. Que juntos no seríamos felices.

Mi incredulidad rayaba en la locura. ¿De qué estaba hablando?

Traté de convencerle de mil maneras: dulce al principio, después histérica y furiosa, finalmente suplicante. Mis palabras caían en un vacío silencioso, y él ya no estaba allí.

Colgué. Abrí el cajón y comprobé que lo que buscaba seguía allí. No pensé nada. Solo quería que el ruido parara. Su voz aún vibraba en mi cabeza, un sonido que ya no reconocía. El dolor se mezclaba con la sensación de irrealidad, y mi cuerpo obedecía como en un sueño.

La cuchilla estaba fría en mi mano. Durante un segundo no sentí nada.

Luego me hice cuatro cortes en el antebrazo.

La sangre fluyó como un río lento. Una señal de que aún estaba viva, aunque flotara en otro cuerpo. Después me tomé cuatro somníferos como si no fuera yo, sin pensar, solo para detener la avalancha dentro de mí.

Horas después, mi madre me encontró y llamó a una ambulancia. Todo era un murmullo distante, una mezcla de luces y sombras.

Los servicios de emergencia irrumpieron justo cuando Gorka volvía a llamar al fijo para ver cómo estaba. Se puso mi hermano, quien le soltó lo ocurrido a bocajarro. Él perdió los papeles: «Hostia puta, hostia puta», repetía, incapaz de articular otra cosa.

De todo eso, claro está, me enteré horas después. En aquel momento estaba medio inconsciente, tumbada en una camilla sin

saber apenas quién era.

En el hospital me llevaron a una sala fría y desangelada, donde acabé conversando con el psiquiatra más maravilloso que he conocido en mi vida. Lástima que apenas recuerde nada; el ciego químico que llevaba encima lo cubría todo, como un velo espeso que borraba los contornos del mundo.

Al final me dejaron volver a casa, y me encerré en mí misma, en un cuerpo que ya no sentía mío.

Y lenta, agónicamente, fue pasando el tiempo.

Durante los primeros días después de la ruptura, el dolor se volvió físico, casi tangible. Lo sentía en lo más profundo del estómago y me doblaba en dos, suplicando a Dios o al demonio que me librara de aquel calvario.

Daba largos paseos por la playa, arrojando gritos silenciosos a la brisa marina, que volvían a mí en forma de ecos fragmentados.

En decenas de hojas, compuse textos tenebrosos para tratar de describir aquel tormento de laberínticas proporciones.

Sus tentáculos se anudaban en mis venas y se guarecían cada noche en los rincones de mi corazón, que tañía como una campana de muertos.

El mudo lamento de mi pena era como los aullidos de un animal fatalmente herido, pero demasiado cobarde para matarse a dentelladas y acabar con su sufrimiento.

No he padecido tortura igual en mi vida. No había forma de mitigar el dolor, no había escapatoria, ni siquiera la posibilidad remota de futuros días soleados. Hubiera dado cualquier cosa por erradicar a Gorka de mi mente, extirparme su recuerdo con un bisturí, como si jamás hubiera existido.

Él y yo seguíamos escribiéndonos. Yo aún tenía esperanzas de recuperarle, de comprender por qué había cambiado de idea de la noche a la mañana.

Un día me comentó que le había surgido un trabajillo, ayudando a un grupo de música a transportar el material en una gira por España.

Yo, ilusa, me tragué la trola.

Me dijo que no tendría mucha cobertura ni acceso a un ordenador, así que no podríamos hablar más allá de algunos WhatsApp sueltos en los escasos momentos en que pillara Wifi.

Varias semanas después, supe que me había mentido: en realidad, se había ido a la casita de Agurain donde habíamos pasado aquel fin de semana, para reflexionar y terminar de convencerse de que estaba tomando la decisión correcta al alejarse de mí.

¿Y cómo me enteré? Mi madre —que a mi hermana y a mí siempre nos ha parecido que tenía una clarividencia digna de una bruja— se olió que él me estaba engañando. Por ello, decidió llamar al teléfono fijo de la casa, que tenía anotado de cuando estuve allí.

Cuál fue su sorpresa cuando Gorka, que en teoría estaba cruzando España a bordo de una furgoneta destartalada, contestó al teléfono. Al verse pillado *in fraganti*, le confesó a mi madre que la historia del trabajo con el grupo musical era una patraña. Una mera excusa para que le dejara tranquilo unos días, mientras rumiaba sobre sus sentimientos, ocultando su traición como un animal que se esconde en la madriguera.

Pero lo peor no era la mentira en sí. Era la red silenciosa de mi familia, que me mantuvo en la oscuridad durante semanas, por miedo a que Gorka me hiciera daño otra vez. Mientras él regresaba de su «viaje», yo seguía hablándole, creyendo en aquel monstruoso traidor de corazón de piedra. Cada mensaje era un hilo que intentaba sostener, un hilo que podía romperse en cualquier instante.

Empecé a sospechar por mí misma, porque algo en la actitud de mi madre —en sus comentarios dispersos de que Gorka era un mentiroso— encendía alarmas en mi cabeza.

No obstante, la verdad se sentía distante, difusa, como si la realidad misma se hubiera torcido. Yo flotaba entre lo que creía saber y lo que no podía tocar, atrapada en un laberinto de desconfianza, traición y vacío.

Cada palabra de Gorka, cada silencio prolongado, era una corriente que me arrastraba hacia un abismo de incredulidad y desesperanza. Y yo, a pesar de todo, seguía allí, aferrándome a fragmentos rotos de un vínculo que nunca volvería a ser seguro, mientras mi mente buscaba señales donde ya solo quedaba sombra.

Después de enterarme de la verdad, él y yo seguimos hablando un poco más, pese a mi dolor y a la toxicidad de aquella continuidad en nuestra comunicación… hasta que, una noche, ya no pude soportarlo y decidí que lo mejor era distanciarme.

Mi decisión vino, sobre todo, porque él no me dejaba pasar página: me acechaba en la web de contactos donde le conocí y se ponía celoso de que yo hubiera reactivado el perfil.

También porque pasaba largas noches mirando nuestra conversación en WhatsApp, esperando a que el decepcionante «*Última vez…*» cambiara a un prometedor «*En línea*» y, después, al ansiado «*Escribiendo*». Algo que sucedió varias veces, como si ambos estuviéramos allí agazapados, percibiendo la presencia del otro a través del espacio y de las ondas magnéticas.

En una de esas ocasiones, cuando manifesté mi deseo de poner tierra de por medio, quiso disculparse una última vez y decirme que yo no había sabido comprender que él era «un alma errante».

Ahí ya se me escapó una carcajada cínica y le mandé —literalmente— a la mierda.

Él se enfureció:

¿De verdad quieres que eso sea lo último que me digas?

Yo le dije que sí; después lo bloqueé y borré nuestra conversación.

Pasaron semanas. Meses. Todo cambió para mí, me volvió a crecer el pelo —que me había cortado a lo chico tras la ruptura—, encontré un buen trabajo y sané por dentro, o creí hacerlo.

Sin embargo, seguía recordándolo, echándolo de menos en infinitas noches en las que me asaltaba un dolor agudo e inesperado, como un virus estomacal.

Y una de esas mañanas monótonas e interminables de un lunes en el trabajo, unos ocho meses después de que todo terminara entre nosotros, me dio por buscar su contacto en WhatsApp y escribirle.

Hola Gorka…

Ha pasado mucho tiempo,

pero sigo acordándome de ti.

¿Qué tal te va todo?

Para mi sorpresa, su respuesta no se hizo esperar.

¡Hola! Pues sí, cuánto tiempo…

Han pasado muchas cosas.

Al poco de dejar de hablar,

decidí mudarme a Granada

y ahora trabajo aquí como chófer.

¿Tú qué tal estás?

¿Qué? ¿Cómo que se había mudado a Granada?

Cuando todavía contemplábamos la posibilidad de un futuro juntos, él no paraba de decir que, cuando se mudara a Barcelona, tendría que ser paciente con él, porque echaría muchísimo de menos

sus tierras vascas. Además, parecía muy reacio a mudarse; era como un sacrificio que hacía por mí, por lo que en teoría sentía.

¿Y ahora resultaba que, a los dos días de nuestra ruptura, se había largado a la otra punta del país? ¿A un lugar que, desde el punto de vista climático y geográfico, era lo opuesto al País Vasco? Aquello era de locos.

Le resumí mi situación y, al poco, me dijo que lo pillaba paseando a los perros —¿perros? ¿Desde cuándo tenía mascotas?— y que ya me contestaría con calma cuando llegase a casa.

Nunca más volvió a hablarme.

Pero aquello no fue lo peor. Lo peor fue lo que vino después.

Pasados unos días, en una de mis sesiones de acecho por WhatsApp —que ya no eran algo puntual, sino casi un ritual involuntario— abrí su chat como quien se toca una herida para comprobar si sigue doliendo.

Entraba, salía, volvía a entrar.

Deslizaba el dedo por la pantalla sin leer nada, solo para ver si aparecían las palabras *«En línea»*. Si la hora de la última conexión cambiaba por unos segundos. Si había algún rastro mínimo de vida al otro lado.

A veces, dejaba el móvil boca abajo para resistirme… y, apenas medio minuto después, lo giraba de nuevo. Otras, abría la conversación convencida de que esta vez no sentiría nada, y me sorprendía a mí misma ampliando su foto, repasando detalles absurdos, como si en los píxeles pudiera encontrar una explicación que nunca llegaba en palabras.

Hasta que una tarde vi el cambio. Su foto de perfil parpadeó al actualizarse y el estómago se me hundió antes incluso de entender lo que estaba viendo. En la nueva aparecía su mano, con una camiseta a rayas que yo le había visto puesta y aún recordaba, apoyada sobre el vientre de una chica.

El significado de aquella imagen hablaba por sí solo. No había pasado ni un año desde nuestra ruptura y no solo estaba enamorado, sino también a punto de convertirse en padre.

No podía creerlo. No era posible que mi corazón se fragmentara todavía en pedazos más diminutos, pero aquella última cuchillada terminó de triturarlo, de reducirlo a un puré sanguinolento con esquirlas de hielo. Dolor y más dolor en oleadas. Sentimientos de traición, odio e incredulidad.

Después de aquello, borré su número de mi agenda para no tener la tentación de volver a hablarle nunca más. Y ahí terminó todo.

Sin embargo, aún hoy, después de tantos años y con mi vida ya rehecha, a veces me descubro pensando en el chico de los ojos infinitos. Me pregunto dónde andará, si será feliz, si alguna vez recordará mi nombre sin sentir que pertenece a otra vida.

Y entonces recuerdo lo que me dijo aquella noche, cuando intentó explicarse: era un alma errante. Durante mucho tiempo, creí que era solo otra excusa, una frase bonita para justificar su incapacidad de quedarse.

Ahora ya no estoy tan segura.

Quizá hay personas que no están hechas para pertenecer, que atraviesan la vida de otros como un lugar de paso: iluminan, prometen quedarse y, aun así, continúan vagando.

Y a veces pienso que lo más devastador no fue perderlo, sino comprender que nunca hubo nada que retener: que amar a un alma errante es abrazar algo que ya está marchándose.

Como una estrella muerta cuya luz sigue viajando por el universo, hermosa y vana, mucho después de haberse extinguido.

EL INSOMNE

Nos conocimos a través de una *app* muy antigua en la cual, básicamente, el cometido de los desesperados que andábamos por ahí era calificar si la foto que nos aparecía en pantalla era sexy o no. Creo que con esto ya lo digo todo, incluido el nombre de la hoy en día jurásica aplicación.

Sin embargo, por un motivo u otro, no llegamos a quedar a solas para conocernos; quizá porque, a mí, el chico en cuestión me parecía más feo que un pie, aunque me caía tan bien y lo encontraba tan interesante que me resistía a dejar de hablarle.

Todo en él era curioso, empezando por su nombre. Como le interesaban mucho las telecomunicaciones, además de los aviones militares, se hacía llamar por su inicial según el alfabeto radiofónico: Romeo. Un nombre muy oportuno, teniendo en cuenta las circunstancias de nuestro encuentro internáutico.

Al final, como tenía ganas de conocerlo en persona, pero no quería arriesgarme a lo que, a mi parecer, sería una cita desastrosa, lo invité a unirse a un club literario que llevaba años organizando de forma intermitente y que se reunía cada dos domingos. Es decir, quedar en grupo, y así no solo conocerme a mí, sino también a los siete u ocho integrantes del club.

Romeo no lo dudó ni un instante: me dijo que allí estaría.

Y así nos conocimos, por fin, un domingo de principios de noviembre, bajo la luz rutilante de las farolas modernistas, en el punto de encuentro habitual del club: la Casa Batlló de Barcelona, testigo silencioso de aquel primer contacto.

Lo primero que me llamó la atención fue que no aparentaba, ni de lejos, los diecinueve años que tenía —cuatro menos que yo por aquel entonces—, sino que parecía más cercano a los veinticinco.

Llevaba el pelo largo, cayéndole en ondas de color castaño oscuro, y una barba rala que, junto con los aros que pendían de sus orejas, le daba un aire indómito y vagamente peligroso. Había en él algo difícil de precisar, una mezcla de descuido y seguridad que me descolocó más de lo que me habría gustado admitir.

Aunque a primera vista me pareció tan feúcho como esperaba, con aquellos labios finos, la mandíbula poco marcada y su figura enjuta, al cabo de las horas, el carisma casi eléctrico que irradiaba por cada poro de su cuerpo me hizo empezar a verlo con otros ojos. Y llegó un punto en que dejó de parecerme feo en absoluto.

Romeo tenía un descaro y un desparpajo capaces de seducir a cualquiera… o de meterlo en problemas sin despeinarse. Era un tipo inteligente hasta el exceso: estudiaba ingeniería de caminos, practicaba boxeo francés con una elegancia casi coreográfica y hablaba cuatro idiomas —incluido el esperanto, por absurdo que suene— con la naturalidad de quien cambia de camisa. Podía enlazar una teoría sobre puentes colgantes con una disertación sobre la Guerra Fría sin perder el hilo ni la sonrisa ladeada.

Era un personaje inclasificable y, para colmo, la primera persona que conocía en mi vida con heterocromía: un ojo marrón y el otro verde, como si la naturaleza hubiese querido subrayar que aquel no era un chico corriente.

Después de aquel primer encuentro en el club de literatura, quedamos pocas veces a solas, pero, por algún motivo insondable, cada una de esas citas degeneraba en una escena digna de un sainete con tintes de esperpento. Con Romeo, la realidad parecía inclinarse unos grados, lo justo para que todo resultara un punto improbable.

En una de aquellas tardes decidimos pasear por el Parc del Laberint d'Horta, mi lugar preferido de Barcelona.

Tras deambular por el laberinto y salir victoriosos —como dos héroes mitológicos de saldo—, nos sentamos en una explanada a las

afueras del parque. El sol caía con esa solemnidad de las tardes tranquilas.

Y entonces, sin preludio alguno, aparecieron dos agentes de policía, avanzando hacia nosotros con paso sincronizado y expresión inescrutable.

Se detuvieron frente a nosotros.

—Buenas tardes. Permítannos sus documentos de identidad, si son tan amables.

Romeo y yo intercambiamos una mirada de perplejidad. Él arqueó apenas una ceja —su gesto favorito cuando el universo hacía algo extraño— y les tendimos nuestros DNI. El agente se retiró unos pasos con los pequeños rectángulos de cartulina, cuchicheó con su compañero y empezó a hablar por el *walkie-talkie* con un tono grave que parecía anunciar una conspiración internacional.

Pasaron unos minutos demasiado largos. Al fin, el policía regresó y nos devolvió los documentos con una displicencia que rozaba lo ofensivo.

—¿Hay algún problema? —me atreví a inquirir, incapaz de contener mi incredulidad.

—Ninguno. Gracias por su colaboración.

Y se marcharon. Sin explicación alguna.

Nos quedamos allí, bajo los árboles, con nuestros DNI en la mano y la sensación de haber sido protagonistas involuntarios de una escena cuyo guion alguien había olvidado entregarnos. A día de hoy, sigo sin saber si parecíamos peligrosos, románticos en exceso o sospechosos por algún motivo que se nos escapaba; quizá nuestras pintas no ayudaban.

En otro de nuestros encuentros a solas —pues seguíamos reuniéndonos cada dos semanas con el club literario— decidí invitar a Romeo a mi casa.

Por aquel entonces, yo aún vivía con mi madre y mi hermano. Ambos se quedaron estupefactos al encontrarse a un joven greñudo, con los pies descalzos y unos aros en las orejas que relucían a la luz del pasillo.

Su aire de perroflauta no era solo un estilo: era la impronta de alguien que parecía fundirse con la casa, moverse con una seguridad desconcertante, como si cada sombra y cada mueble le pertenecieran desde siempre.

Abría armarios con delicadeza, rozaba objetos sin alterar nada, y sonreía para sí mismo. No invadía el espacio: lo habitaba, y su presencia transformaba cada rincón, convirtiendo lo familiar en un escenario extraño y fascinante.

No recuerdo qué película vimos en mi cuarto —puede que *Los Goonies*—, pero sí cada detalle de tenerle tan cerca: el leve sonido de su respiración rozándome la piel, el calor que emanaba de su cuerpo y la extraña calma que me invadía ante alguien que, en teoría, debería provocarme tensión. Cada gesto suyo parecía detener el tiempo y, aun en silencio, su cercanía era un lenguaje que me hablaba más que cualquier palabra.

Entre medio de nuestras citas, él se dedicaba a enviarme crípticos mensajes de madrugada, que yo leía al día siguiente, con los ojos aún pesados y la mente suspendida en esa bruma dulce que deja el sueño. Frases de poeta que desentonaban con la personalidad chispeante y arrolladora que mostraba cara a cara y que, sin embargo, denotaban un espíritu vulnerable y danzarín como un rayo de luna.

Uno de aquellos mensajes, por ejemplo, decía:

«He soñado que os hallabais ante mí; vuestro cuerpo era un piano y yo tocaba con dulzura sus teclas…»

En algunos correos que nos enviábamos de vez en cuando, me escribía cosas como:

«Sabes que he soñado con tus uñas en mí y tu peso sobre un mudo piano. Creo recordar —no, recuerdo — que tú has soñado con mis ganas, aunque desconozco la naturaleza musical del lugar. Y quiero pensar que ninguno de los dos tropiezos fueron pesadillas.»

Me decía que le gustaban muchas cosas de mí, que otras las adoraba. Que mi mente intrincada y laberíntica lo fascinaba e infectaba en momentos de «debilidad etílica», manteniéndole en una guerra de trincheras con su cordura durante la sobriedad del día a día.

Había algo en todo aquello que no terminaba de encontrar forma: no éramos amigos, pero tampoco amantes; no había promesas ni tensión explícita, y, sin embargo, la intimidad crecía en los márgenes, en lo no dicho, en la manera en que nuestras conversaciones parecían continuar incluso cuando ninguno de los dos estaba hablando.

En otro de esos intrigantes mensajes, me confesó que le gustaría estrecharme entre sus brazos para darnos calor el uno al otro, porque —como bien sabíamos —, las personas de cuerpos enjutos como los nuestros parecían condenadas a tener siempre un poco de frío.

Me apena que jamás llegáramos siquiera a besarnos. Nunca supe qué sabor guardaban sus labios finos ni llegué a aspirar el aroma de aquella melena castaña, casi leonada, que enmarcaba su rostro afilado.

Lo nuestro era una fantasía compartida siempre a destiempo: en sus noches de borrachera y confesiones difusas, y en mis mañanas somnolientas, cuando mis dedos torpes apenas atinaban a responder antes de que la realidad regresara a ocupar su lugar.

A veces nos daba por hablarnos de vos, como si esa distancia lingüística creara un territorio propio donde todo resultaba más íntimo y menos peligroso. Yo le llamaba señorito Romeo, Ro o R. a secas; una vez, incluso le llamé «mi querido soñador de pianos».

Él, en cambio, coleccionaba motes para mí: pequeña o gélida parisina —por mi desafortunado intento de residir en la ciudad del amor, donde apenas duré un helado mes de noviembre— *Mademoiselle* Dignidad, Salander o cualquier salvajada que se le ocurriera.

Es cierto que a veces fantaseaba con sus ojos bicolores, con los aros que pendían de sus orejas, con su cuerpo delgado inclinado sobre el mío y esa risa gamberra que parecía esconder una ternura mal disimulada.

Me imaginaba estrechándole con fuerza, sintiendo su corazón tañendo como una campana contra mi pecho, intentando sincronizarse con el mío sin terminar de lograrlo. Era tan especial y enloquecedor al mismo tiempo, un enigma que me atrapaba sin pedir permiso.

Quería besarle con la misma urgencia con la que deseaba sacudirle. Y arrancarle, de una vez, una confesión más clara y menos desconcertante sobre lo que sentía por mí. Como solía decirle, me aterrorizaban esos disparates apasionados que me enviaba de madrugada, y, sin embargo, los ansiaba como una yonqui que se muere por un nuevo chute.

Y así pasaban los días, las semanas, los meses.

Yo tenía relaciones que no duraban ni un telediario.

Él se enrollaba con chicas que lo etiquetaban como un «error de ortografía», y me confesó por mensaje su miedo a que conmigo sucediera lo mismo.

Yo me fui a París; él se marchó a Berlín. Ambos regresamos después a Barcelona, pero en ese intervalo seguimos escribiéndonos correos interminables: él relataba aventuras descabelladas con la ligereza de quien no espera ser comprendido del todo, y yo le hablaba de mis pequeñas derrotas durante aquel noviembre helado, como si al contárselas lograra que pesaran un poco menos.

A veces, tenía la sensación de que nuestra historia no ocurría en los lugares que habitábamos, sino en el espacio invisible entre un mensaje y su respuesta.

Tiempo después, ya disuelto el club de literatura, montamos otro de cine en el que cuatro *nerds* —Romeo, yo y otros dos amigos nuestros, un chico y una chica— comentábamos películas «gafapasta», como él las llamaba con una mezcla de burla y devoción.

Ellos bebían cerveza; yo, mi Coca-Cola de siempre. Filosofábamos sobre mil y un asuntos hasta altas horas de la noche, atrincherados en bares medio vacíos de esa Barcelona nocturna que tanto nos gustaba, como si la ciudad solo existiera cuando los demás se iban a dormir.

Una de las veces que quedamos a solas, se produjo un episodio de lo más extraño, aunque supongo que no debería haberme sorprendido tanto, teniendo en cuenta la personalidad caleidoscópica y enrevesada del señor R., siempre dispuesto a torcer la realidad apenas unos grados.

Habíamos quedado en el centro, algo tarde, después de que yo terminara de trabajar. Estaba resfriada, hacía un frío húmedo y desagradable, y lo único que deseaba era refugiarme en una cafetería acogedora para abrazar un café hirviente con ambas manos.

Sin embargo, Romeo tenía otros planes.

—Quiero que me acompañes a hacer algo —anunció, mientras descendía ya las escaleras del metro de Plaza Cataluña—. Vamos a La Maquinista.

—¿Qué? Pero si está lejísimos. ¿Para que quieres ir ahí?

—Te lo explico por el camino.

Durante el trayecto, en aquel vagón traqueteante y atestado, me desveló su plan con una calma casi pedagógica: en teoría, pretendía ir a la tienda donde trabajaba un tío que había puteado a

un amigo suyo y amenazarle de algún modo. Yo lo miraba sin saber si echarme a reír o bajarme en la siguiente parada.

—¿Cómo que amenazarle?

— No voy a enfrentarme con él —aclaró, con esa serenidad suya que nunca era tranquilizadora—. Lo entenderás cuando lleguemos.

Yo no daba crédito, pero la cosa se volvió aún más rocambolesca cuando llegamos a la tienda de ropa masculina donde trabajaba el chico. Romeo lo localizó enseguida: su objetivo salía en ese momento con una burra metálica vacía que, supuse, debía de llevar a un almacén cercano para reponer existencias.

—Vamos a seguirle —susurró mi amigo, con una expresión indescifrable que me dio miedo.

Y esa fue nuestra absurda cita, la última que tuve a solas con él: la persecución demencial y sin sentido de un chico cuya ofensa nunca me quedó clara del todo.

Bajo la ambarina e insalubre luz que alumbraba los pasillos de La Maquinista en aquella noche de invierno, pocos minutos antes del cierre, fuimos tras los pasos de aquel infeliz, en teoría para hacerle sentir cierta amenaza y que cejase en su empeño de fastidiar al amigo de Romeo.

Cómo se suponía que el mequetrefe en cuestión iba a sentirse amenazado por dos desconocidos que, sin abordarle en ningún momento, iban tras sus pasos de ida y vuelta al almacén, se me escapaba por completo.

Yo caminaba con el corazón acelerado —no por peligro real, sino por la extraña conciencia de estar participando en algo ridículo y, sin embargo, irrevocable—, preguntándome en qué momento mi vida sentimental se había convertido en una escena eliminada de una comedia negra.

—Él sabe quién soy — murmuró Romeo, sin dejar de observarle—. Captará el mensaje.

Una vez cometida la absurda fechoría, nos dirigimos de regreso al metro. Para mí se había hecho ya demasiado tarde para ir a tomar algo, así que regresé con él hasta plaza Cataluña y, desde allí, tomé el ferrocarril hacia mi casa.

Sobra decir que me sentía ultrajada. No entendía cómo habíamos podido malgastar nuestra cita en semejante sinsentido, pero mi amigo parecía satisfecho, casi exultante, como si hubiese logrado algo que solo él era capaz de comprender.

Después de aquello, seguimos acudiendo a las reuniones del club de cine, pero nunca más volví a quedar a solas con Romeo, harta del surrealismo que indefectiblemente teñía nuestros encuentros.

Y así, sin ruptura ni escena dramática, fuimos distanciándonos. Primero se espaciaron los mensajes; luego, las confidencias; al final, casi sin darnos cuenta, dejamos de ocupar un lugar central en la vida del otro.

Como suele suceder en estos casos, el club de cine terminó por disolverse. En parte, fue culpa de los compromisos cada vez más exigentes que todos acumulábamos —trabajo, estudios, otros intereses que iban reclamando prioridad— y supongo que también porque las cosas que nacen al amparo de una etapa concreta rara vez sobreviven cuando esta se desvanece.

Un día, muchos años después, quedé con el otro componente masculino del club, Aleksander —un chico ruso cuya historia quizá merezca ser contada en otra ocasión—, y recordamos con cariño aquellas reuniones interminables, los debates inflamados y las películas indescifrables. También nos preguntamos qué habría sido de Romeo, con quien ninguno de los dos había vuelto a tener contacto.

—Yo me lo encontré en un concierto hará medio año —me contó Aleksander, risueño—, pero no hablamos mucho. Estaba igual que siempre, ya sabes: un poco loco y soltando tonterías.

Sonreí sin querer. Era justo como lo habría imaginado.

—Oye… ¿y si nos hacemos un *selfie* y se lo mandamos por WhatsApp? — propuse, contagiada de un entusiasmo casi adolescente. Era el tipo de gesto absurdo que a Romeo le encantaría.

Dicho y hecho. Le envié la foto comentándole que el ruso y yo nos acordábamos de él y nos preguntábamos si seguía vivo.

Lo más sorprendente fue que respondió al instante, confirmando su supervivencia con su florido lenguaje habitual y enviándole recuerdos a Aleksander. Durante unos segundos, la distancia de los años pareció plegarse sobre sí misma, como si nunca hubiese existido.

Le propuse que quedáramos un día los tres «para recordar viejos tiempos».

Por desgracia, ya no volvió a contestar, y el contacto con él se disolvió de nuevo en la nada, con esa facilidad casi ofensiva con la que algunas personas entran y salen de nuestra historia sin dejar más rastro que una sensación persistente de algo que pudo haber sido y no fue.

Han pasado muchos años y no he vuelto a tener noticias de Romeo. Tampoco estoy segura de querer tenerlas. Hay historias que sobreviven mejor intactas, suspendidas en el recuerdo, que sometidas a la crudeza de la realidad.

A pesar de todo, algunas noches muy frías, envuelta en el edredón y en ese silencio denso que solo trae el invierno, recuerdo a mi demente soñador de pianos.

Me pregunto cómo habría sido sentir el peso de su cuerpo delgado sobre el mío, sostenerle la mirada hasta perderme en sus iris bicolores, probar por fin el sabor de esos labios finos que nunca llegaron a rozar los míos.

Imagino nuestras bocas encontrándose con la torpeza y la urgencia de todo lo que dejamos en suspenso. Nuestras manos buscándose como si hubieran ensayado el gesto durante años.

Dándonos calor como dos hogueras que prenden, contra toda lógica, en mitad de la nieve.

A veces pienso que quizá lo nuestro fue justo eso: una combustión improbable, destinada a existir solo en la imaginación.

Esté donde esté, espero que siga soñando a lo grande, tal vez con pianos mudos en forma de cuerpo de mujer… y que, en alguna noche de invierno, cuando el frío se le cuele por los huesos, también se acuerde de su gélida parisina.

Porque, aunque nunca llegáramos a besarnos, hubo algo entre nosotros que ardió lo suficiente como para no apagarse del todo.

EL EMPOLLÓN

Cuando nos vimos por fin cara a cara, una tarde de otoño en plaza Cataluña, creo que ambos nos quedamos en *shock*.

Le había conocido unas semanas antes a través de una *app* que dejaba bastante que desear, de esas que parecen más pensadas para buscar un polvo rápido —por la fauna que pululaba por allí— que para encontrar pareja estable.

Entre eso y que, siendo sincera, el chico no me había parecido del todo mi tipo en las fotos, mis expectativas ante la cita que habíamos concertado no eran lo que se dice muy altas.

Se llamaba Ferrán y enseguida me quedó claro que sería una de las personas más inteligentes que conocería en mi vida. Ya se había licenciado en Matemáticas e Ingeniería Industrial, y en la actualidad cursaba un doctorado en Robótica. Casi nada. Cuando hablaba de su tesis, lo hacía con una mezcla de pasión y precisión quirúrgica, como si estuviera explicando el mecanismo íntimo del universo. Por si fuera poco, llevaba tatuado el símbolo del número π en la pierna. Más friki imposible.

En sus ratos libres jugaba al fútbol sala, lo cual se notaba en su trasero firme y prieto, una anomalía estadística en alguien que podía recitar de memoria teoremas imposibles. Tenía el pelo ondulado, peinado hacia delante, con un flequillo que casi le cubría los ojos —oscuros y almendrados—, una nariz aguileña interesante y la piel morena.

Era mono, sí. Pero no estaba convencida de que fuera a gustarme en persona.

La experiencia, sin embargo, me demostró lo contrario. Al alzar la vista y mirarle por primera vez a los ojos, sentí como si un gancho tirara de mí desde el ombligo. Era una atracción magnética tan

poderosa que llegué a fantasear con la idea de que mi cuerpo saliera despedido y se enganchara al suyo.

A juzgar por su expresión perpleja y sus mejillas encendidas, comprendí que a él le había ocurrido algo parecido. Fue una de esas veces en que las citas por Internet te sorprenden para bien… y te reconcilian con la idea de que el amor depende más de la química que de los algoritmos.

En la primera cita nos comportamos. Hablamos de inteligencia artificial, de cine clásico, de la improbabilidad de encontrar a alguien compatible en una base de datos infinita. Cada vez que rozaba mi mano al gesticular, una descarga me recorría el brazo.

En la segunda cita —un paseo por un parque cercano a mi casa y, después, sesión de cine— el autocontrol empezó a fallar.

Nos sentamos en uno de los bancos del parque, demasiado cerca el uno del otro. Él intentó explicarme algo sobre redes neuronales mientras sus dedos trazaban círculos distraídos en mi muñeca, pero yo solo podía oír mi corazón latiendo desbocado.

Cuando me besó, lo hizo con una vacilación casi científica, como quien comprueba una teoría. Y, al confirmarla, perdió todo método. Su boca se volvió más urgente, más torpe, más real. Mis manos bajaron por su espalda y sentí bajo la camiseta la delicia de sus trabajados músculos.

Confieso que no las tenía todas conmigo cuando empezó a propasarse con una rapidez excesiva —sus manos parecían los tentáculos de un pulpo hiperactivo—, pero la corriente que nos atravesaba era demasiado intensa como para fingir indiferencia.

Me dije que no pasaba nada por abandonar la cautela y dejar de hacerme la estrecha. Al fin y al cabo, aquel chico que hablaba en términos de probabilidad utilizaba el futuro cuando se refería a mí: decía cosas como «cuando conozcas a mis amigos», «cuando vengas a casa». Nunca usaba el condicional… Todo eran certezas. Y eso, viniendo de alguien obsesionado con las hipótesis, tenía un peso considerable.

También descubrí en él un lado tierno cuando me habló de su abuelo, de quien había heredado un viejísimo Ford que todavía aguantaba gracias a tropecientas reparaciones y a una fe casi religiosa en la mecánica. Me contó que no pensaba venderlo jamás. Decía que las cosas que funcionan, aunque chirríen, merecen ser conservadas.

Parecía tener valores —algo poco frecuente en nuestros tiempos— y por eso no me pareció mala idea cuando, en la cuarta o quinta cita, me invitó a su casa a pasar la mañana y comer juntos, aprovechando que sus padres no estarían.

Ahí fue cuando metí la pata.

La sesión de sexo no tuvo nada de malo: fue intensa, casi salvaje. Durante el acto me alzó en volandas y me empotró contra su escritorio. Recuerdo la fuerza de sus embestidas, su trasero musculoso, su cuerpo moreno e infinito. Sus besos largos, voraces. La sensación de que mi cuerpo se deshacía entre sus manos.

Y también recuerdo la súbita gelidez cuando todo terminó.

Sus respuestas secas, casi monosilábicas. La forma en que evitaba mirarme a los ojos. La comida apresurada y silenciosa frente al televisor —estaban dando *CSI*, que a mí me interesaba tanto como mirar crecer la hierba—, quizá la mejor excusa que encontró para no tener que hablar conmigo.

Se notaba que se moría de ganas de que me fuera y, cuando me llevó en coche hasta la estación de tren, casi pareció que le costaba rozarme la boca para despedirse. Sus labios flojos, inertes, parecían los de un cadáver. Aquel beso me supo a vacío. A despedida. A punto y aparte.

Durante las horas siguientes, el silencio sepulcral entre nuestros teléfonos lo dijo todo. Ni un mensaje. Ni una broma. Ni un «has llegado bien». Nada.

Hasta que, varios días después, le exigí una explicación por el chat de Facebook.

Y entonces llegó el mazazo.

—Lo siento, me he dado cuenta de que hemos ido muy rápido y yo… aún pienso mucho en mi ex. Tengo sentimientos por ella, y no me veo preparado para empezar una relación ahora mismo.

—Vale, pero te refieres a «ahora», ¿no? — pregunté, aferrándome a esa puntualización como quien se agarra a una tabla en medio del naufragio.

—Entiendo que te centres en el adverbio, pero no es solo lo de mi ex. Siendo sincero… creo que no encajaríamos como pareja. Pero, en serio, eres una chica maravillosa, guapísima y súper inteligente.

—Todo esto te lo puedes ahorrar, ¿sabes? — le corté, con una dignidad más fingida que real—. No hace falta, de verdad.

—Lo siento —repitió—. Joder, ahora me siento como una mierda.

Después de aquella horrible conversación, dejamos de hablar unos días. Hasta que, al final, como casi siempre, fui yo quien volvió a escribirle… y la cagué. Me aferré a lo que quedaba, sacrificando mi bienestar y mi autoestima por unas migajas de su cariño. Le dije que podíamos ser follamigos, que no me afectaría, que sabría separar las cosas.

Ferrán, por supuesto, aceptó.

Una noche, volvimos a quedar en uno de esos parques elegantes que abundaban en mi barrio, con sus farolas decimonónicas, sus setos bien recortados y su estudiada vocación de escenario romántico. Nos adentramos entre los arbustos con la discreción de dos adolescentes hormonados y la absurda convicción de que nadie nos vería.

Me ahorraré los detalles de lo que hicimos allí dentro, pero digamos que perdimos la noción del tiempo con una eficacia digna de experimento científico.

Cuando por fin emergimos del follaje —yo con el pelo y la ropa tan enredados como mis sentimientos por él— descubrimos, con una mezcla de horror y estupefacción, que el parque había cerrado.

Tenía cuatro malditas salidas. Cuatro. Y todas estaban clausuradas con candados de esos que parecen diseñados para contener dinosaurios. La verja que rodeaba el perímetro mediría unos dos metros y estaba rematada en elegantes puntas metálicas, listas para empalar a cualquier amante imprudente. Una delicia arquitectónica.

—Ya sé lo que haremos —decidió él, resolutivo como siempre —. Junto las manos, te subo, saltas por encima y luego yo ya me las arreglaré para trepar. Soy como un mono.

—¿Estás de coña?

—Claro que no. ¿Qué pretendes que hagamos si no, quedarnos aquí hasta mañana?

—Joder…

No tenía alternativa. Coloqué el tacón de mi bota militar en el improvisado peldaño que formaban sus manos entrelazadas y me apoyé en sus hombros para equilibrarme. Él me impulsó hacia arriba con sorprendente fuerza —bendito fútbol sala— y conseguí aferrarme a los barrotes. Me preparé para saltar…

Y entonces ocurrió.

¿He mencionado que llevaba una falda hasta los pies, de tela vaporosa y frágil? Una prenda ideal para pasear con languidez por avenidas parisinas. Menos ideal para escalar infraestructuras públicas.

Al pasar la pierna por encima, la tela se enganchó en una de las puntas de la verja sin que me diera cuenta y, cuando intenté saltar al suelo, quedé suspendida en el aire como una heroína gótica en versión *low cost*.

Colgada… literalmente.

Durante unos segundos eternos, me balanceé con elegancia cuestionable mientras mi cerebro repasaba todas las decisiones vitales que me habían conducido hasta allí. El look decimonónico estaba muy bien cuando el mayor riesgo era que alguien te sacara a bailar un vals. No tanto cuando una se queda encerrada en un parque a medianoche y debe convertirse en una versión enclenque y patética de McGyver.

—¡Mierda! —barboté, con la cara ardiendo—. No puedo soltarme. Estoy atrapada.

—Esto parece de película —exclamó él, aguantándose a duras penas la risa—. Espera, salto y te ayudo.

Dicho y hecho. El chico, que no sé si habría trabajado en un circo antes de convertirse en cerebrito, escaló la verja como si fuera pan comido. En cuestión de segundos estaba a mi lado, sujetándome por las piernas con un brazo mientras con el otro intentaba liberar la tela de los barrotes.

Pero nada. La jodida falda se había enganchado de lo lindo.

—Vamos a tener que romperla —dictaminó al fin, secándose el sudor de la frente—. Es la única solución.

Resoplé. Asentí. Me encomendé a la diosa de las decisiones cuestionables.

Él dio un tirón.

El *craaaack* desgarrador que emitió la tela al rasgarse resonó en el silencio nocturno como una sentencia. Un sonido feo, definitivo. El mismo que, en ese instante, imaginé producía mi corazón al romperse por dentro, aunque todavía no quisiera admitirlo.

Caí al otro lado de la verja con media falda menos y el orgullo hecho jirones. La escena no podía ser más lamentable.

Y, sin embargo, allí estábamos: el genio de la robótica y la idiota enamorada, huyendo de un parque cerrado como dos delincuentes románticos de tercera categoría.

Después de aquello, seguimos quedando durante un tiempo. Nunca más volví a su casa, pero algunos fines de semana quedábamos y él conducía hasta algún descampado en el entrañable coche de su abuelo, el que habían restaurado juntos. Allí hacíamos… en fin, supongo que yo hacía el amor y él me echaba un polvo.

Sin darme cuenta, me había enamorado de aquel chico brillante y un poco irresponsable, que en el fondo no era mala persona. Solo tenía un lado egoísta, temerario e inconstante que yo no había sabido —o querido— ver. La lucidez no siempre es compatible con la necesidad.

Años después, una vez superado mi brote agudo de amor no correspondido, retomamos el contacto —no recuerdo muy bien cómo; supongo que las redes sociales tienen esa vocación de desenterrar fantasmas— y quedamos para tomar algo en una cafetería.

Durante aquel reencuentro, me contó que llevaba un año saliendo con una tal Marta.

—Nos va bien —dijo, aunque no parecía del todo convencido.

La chica no le llenaba, pero a la vez era reacio a dejarla: lo suyo era estable, no discutían nunca. Ella era inteligente, trabajadora, sensata. La persona ideal con la que compartir la vida. Una posible buena madre. Enumeraba sus virtudes como quien expone las especificaciones técnicas de un electrodoméstico de gama alta.

Y, aun así, en encuentros posteriores —cafés tibios y conversaciones cada vez más repetitivas— insistía en que no lo veía claro, que no sabía si continuar o romper.

Yo le escuchaba mientras removía el café, preguntándome qué había visto años atrás en aquel hombre titubeante y contradictorio.

Ya ni siquiera me parecía atractivo: el pelo comenzaba a ralearle y había algo repelente en su expresión, una inseguridad mal disimulada que antes había confundido con profundidad.

La corriente electromagnética que un día nos atravesó se había disipado sin dejar rastro y, de todos modos, en aquellos momentos yo tenía otras preocupaciones más urgentes que su indecisión crónica.

Supongo que lo más irónico de toda esta historia —si es que de verdad se puede extraer alguna moraleja de los hechos aleatorios y absurdos de esta vida tan corta nuestra— es que, hoy, dieciséis años después, Ferrán está casado con esa chica respecto a la cual tantos reparos tenía, y es padre de dos preciosas niñas.

Supongo que, a veces, el fuego no es la elección segura: asusta la posibilidad de arder hasta las cenizas. A veces, lo más prudente es la opción aburrida… la que, pese a las dudas, no nos perturbará demasiado el corazón ni nos traerá noches en vela.

Y me imagino que, para Ferrán, yo era eso: el caos, el ruido y la furia.

A pesar de todo, a veces me acuerdo de aquel matemático e ingeniero brillante con el que compartí mi cuerpo algunas noches de otoño, hoy ya tan remotas.

Y me pregunto si seguirá teniendo dudas respecto a su mujer. Si, en alguna madrugada de insomnio, se preguntará qué habría pasado de haber elegido el incendio en lugar de la tierra firme.

Si, mientras todo a su alrededor duerme, aún oye el chisporroteo del fuego…

EL ATRAPACHICAS

Hace ya muchos años, en mis tiempos universitarios, estuve apuntada a una web mítica llamada goticos.net, que más tarde se transformaría en comunidad.goticos.net (ninguna de las dos existe ya; como tantas otras reliquias digitales de aquella prehistórica era de Internet).

En realidad, no era una página para ligar en exclusiva, sino una comunidad dedicada a la subcultura gótica con sistema de votos incluido: existía un top 10 —masculino y femenino respectivamente — de los perfiles más populares, como si la oscuridad pudiera medirse en puntos.

También había foros de diversa índole, incluyendo uno dedicado a encuentros cara a cara donde, más o menos por la época en que conocí al protagonista de este relato, fundaría mi añorado club de literatura. Sí, el mismo que menciono en el capítulo de *El insomne*.

Pero centrémonos en el tema que nos ocupa: Gerard . O, como acabaría rebautizándolo años después, «el atrapachicas». El motivo del apodo lo reservaré para más adelante; toda buena tragedia necesita su pequeño suspense.

Era más heavy que gótico, con una melena envidiable hasta la cintura, de un tono castaño dorado, y un extraño parecido con Avril Lavigne en versión masculina. Tenía la nariz un poco ganchuda —detalle apenas perceptible—, los ojos un poco juntos, de un azul intenso, y un cutis tan suave que parecía como si la barba aún no hubiera hecho acto de presencia, a pesar de sus veintipico años.

En la época en la que le conocí, salía con una chica desde hacía siglos, pero no tenía escrúpulos a la hora de mantener tórridas sesiones de webcam con otras mujeres, cuyo contenido omitiré para no incomodar a nadie. Eso sí, se negaba en redondo a quedar en

persona e ir más allá, convencido de que así seguía siendo fiel a su pareja. Todo un caballero.

Cuando ya llevábamos un tiempo hablando, llegó mi ansiado momento: cortó por fin con su novia —con la que, en realidad, las cosas nunca habían ido del todo bien— y pudimos vernos cara a cara. El chico tuvo el descaro de hacerme ir hasta su deprimente población, a media hora en tren desde Barcelona, y concertamos una cita matutina para tomar un café.

Era un día gris, el cielo convertido en una masa de nubes metálicas que amenazaban lluvia, y su ciudad era fea de narices: un reducto industrial sin encanto donde no se me había perdido nada… excepto él.

Aun así, no interpreté aquel paisaje de pesadilla como un mal augurio. Estaba demasiado nerviosa e ilusionada ante la idea de asomarme por fin al azul imposible de sus ojos en la vida real.

La conversación fue intrascendente; apenas recuerdo fragmentos sueltos. Nunca tuvimos demasiado en común, más allá de algunos grupos compartidos —Lacrimosa, L'Âme Immortelle— y esa pose oscura que tan bien sabíamos interpretar. Pero tampoco importaba. No nos habíamos terminado los cafés cuando ya estábamos enroscados el uno en el otro, besándonos con una urgencia casi adolescente, como si temiéramos que alguien pudiera arrebatarnos el momento.

Cuando me senté en el tren de regreso a Barcelona, todavía me hormigueaban los labios. Tenía su olor pegado a la piel como una marca invisible, y durante el trayecto apoyé la frente en el cristal empañado, con la vaga sensación de haber cruzado una frontera.

Después, ya en la universidad, aquel olor me martirizaba. No sé si de verdad se me había quedado impregnado en la ropa o si era mi cabeza la que lo invocaba, pero la intensidad resultaba abrumadora. Me era imposible concentrarme en las clases: bastaba con cerrar los ojos un segundo para que regresara. Era una mezcla de ropa limpia, calor compartido y algo dulce, como miel tibia. No

encuentro mejor definición: algo químico, primario, capaz de alterar mis prioridades en cuestión de horas. Me había convertido en una yonqui de sus besos sin haber tenido tiempo siquiera de negociar las condiciones.

No perdimos el tiempo. En nuestra segunda cita, también por la mañana —sus padres estaban fuera, él trabajaba de tardes y yo tenía clases que, si soy honesta, decidí ignorar— me invitó de nuevo a su casa.

Esta vez no hubo cafés ni paseos: fuimos directos a su habitación, como si todo lo demás fuese un trámite innecesario.

La sesión de sexo fue precipitada y lamentable. Yo no alcancé el orgasmo en el escaso tiempo que él necesitó, centrado tan solo en su propio placer, como si el mío fuese un extra prescindible. Me esforcé por convencerme de que aquello era normal, que la intimidad se aprende con la práctica. Que el deseo lo arreglaría todo.

En mitad del acto le pregunté, más de una vez, si de verdad yo le gustaba. Él no respondió. Siguió a lo suyo, como si hubiera oído llover. Cuando, ya herida y desesperada, reformulé la pregunta en un más crudo «¿De verdad te pongo?», no tardó ni un segundo en contestar: «Sí».

El romanticismo personificado. Ni siquiera era capaz de admitir que yo le gustaba, no fuera a tomármelo demasiado en serio y a pensar que él buscaba algo más que sexo fácil.

Sin embargo, el momento estelar llegó después.

Al acompañarme al baño y tenderme una toalla, señaló la ducha con aire despreocupado y comentó:

— Vigila con la mampara, es un poco difícil de abrir. Más de una se ha quedado encerrada.

Más de una.

Aquella frase quedó flotando en el aire con una ligereza inquietante. Como si yo fuera un dato más en una estadística

doméstica. Como si su habitación no fuera un escenario, sino una cadena de montaje.

Sentí que algo se me rompía por dentro. No bastaba con su indiferencia durante el sexo, ni con su incapacidad para nombrar el afecto: necesitaba, además, recordarme que había otras. Que yo no era especial. Que la mampara había visto desfilar suficientes cuerpos como para tener anécdotas.

Fue el último clavo en el ataúd. O quizá la última palada de tierra sobre la tumba que yo misma me había cavado, por falta de amor propio, al liarme con aquel imbécil.

Y aun así, lo peor no fue la frase.

Lo peor fue que, durante unos segundos, seguí queriéndole igual.

Como podéis imaginar, no hubo más encuentros después de aquel. Gerard no solía repetir chica, por si acaso alguna cometía el error de encariñarse. La exclusividad le parecía un riesgo innecesario. Solo reincidía cuando la susodicha era justo como él: impermeable, ligera, experta en no pedir nada.

Un ejemplo perfecto era La Gat —gato en catalán—, una pájara que conocí en una de mis incursiones por el universo gótico.

Su nombre real era Anna, aunque ella lo ocultaba con la misma determinación con la que escondía cualquier rasgo de vulnerabilidad; tuve que enterarme por terceros. Cantaba en un grupo aficionado que tocaba en salas de dudoso prestigio, y su estética no dejaba margen a la ambigüedad: minifaldas brevísimas, medias de red y ligueros. Además, llevaba el pelo teñido de color rojo fuego, y nunca prescindía de una buena cantidad de sombra oscura y lápiz de ojos. Todo en ella parecía diseñado para provocar… y no sentir.

Una noche, hablando con ella sobre Gerard, mencionó con naturalidad algunas de las veces que se lo habían montado, literalmente, debajo de un puente cercano a una de las discotecas góticas más famosas de Barcelona.

Cuando le confesé mi obsesión con él y lo mal que lo estaba pasando, me miró con una mezcla de compasión y superioridad, y sentenció:

—Ay, chica… es que de Gerard no hay que enamorarse.

Lo dijo sin crueldad, como si me estuviera recordando una norma básica de supervivencia: «Has intentado abrazar una farola en mitad de una tormenta eléctrica y ahora te sorprendes de haber acabado chamuscada».

No volví a quedar con él después de aquella cita desastrosa y, con el tiempo, dejamos de hablar. La herida cicatrizó, como cicatrizan casi todas cuando una se cansa de sangrar.

Sin embargo, años después —diez, para ser exactos— topé con Gerard en un mercadillo de Halloween donde se congregaban góticos, heavies, devotos del terror y demás fauna alternativa. El decorado perfecto para los fantasmas del pasado.

Lo más grotesco no fue reconocerle. Fue verle acompañado de dos pseudo adolescentes a las que casi doblaba la edad. Él seguía igual que siempre: la melena larga, el gesto ensayado, esa sonrisa ladeada que prometía intensidad sin compromiso. Y, sobre todo, seguía desplegando su red invisible con la misma eficacia: el halago preciso, el misterio calculado, la atención intermitente que engancha más que cualquier droga.

Por un instante, sentí algo parecido a la antigua punzada. Pero fue solo eso: un mero eco. Como el recuerdo de un dolor ya superado.

Supongo que debería verle el lado positivo a la historia: no acabé convertida en una más de sus historias de madrugada. Tampoco me quedé atrapada en su ducha, ni me diluí en la estadística de su mampara.

A veces me pregunto si él es consciente de que el tiempo no perdona ni a los que se creen eternamente deseables. Que las adolescentes de hoy serán las mujeres que mañana lo miren con la

misma condescendencia con la que yo lo observé en aquel mercadillo.

Quizá algún día se mire al espejo y no vea al depredador magnético, sino a un hombre repitiendo el mismo truco ante un público cada vez más joven. Quizá descubra que no estaba cazando corazones, sino huyendo, desesperado de quedarse solo con el suyo.

Y entonces no hará falta que nadie lo atrape en una ducha.

Le bastará con su propio reflejo.

EL MARQUÉS DEL RECHAZO OFENDIDO

En realidad, no nos conocimos en una *app* de ligue —aquí tendréis que perdonarme la libertad de incluirle en esta antología—, sino en una web dedicada a la música, donde cada perfil mostraba todo lo que escuchaba su dueño, canción por canción, y ofrecía un resumen de los estilos más reproducidos.

Un día, a él le dio por mandarme un mensaje privado y, aunque vivía en Logroño, muy lejos de mí, enseguida nos hicimos amigos y comenzamos a intercambiar mensajes con asiduidad. Lo mejor fue cuando nos dimos cuenta de que podríamos conocernos en persona pocos meses después: ambos pensábamos asistir al concierto de Death in June en la sala Razzmatazz de Barcelona el siguiente diciembre.

Se llamaba Ethan y tenía veintiocho años. Era alto y delgado, con el pelo oscuro rapado al uno, más corto en la nuca y a los lados, y la cara sembrada de piercings. Sus ojos eran de un verde limpio y en su mirada se agitaba un espíritu centelleante y diáfano como un rayo de sol… o, al menos, eso creí ver la primera vez que hablé con él.

Nuestras conversaciones fluían con una naturalidad adictiva: nos unían los mismos grupos de música y una desesperación compartida ante el vacío de la existencia.

Por aquel entonces, los dos estábamos en el paro, y ese tiempo suspendido nos regalaba horas de chat interminable y la dulce fantasía del día en que, por fin, nos conoceríamos en persona.

Cabe destacar que yo insistí mucho en lo bien que me parecía que no fuese a venir en exclusiva para conocerme a mí, sino para asistir al concierto, pues así, si al final no conectábamos en la vida real, el impacto del desengaño sería menor.

Sin embargo, parece que no fui lo bastante clara, o quizá es que Ethan tenía muy poco sentido común, porque apenas dos semanas después de conocerle, me confesó que acababa de comprar un billete de ida y vuelta a Barcelona.

Os parecerá extraño, pero no me hizo ninguna ilusión que se precipitase de aquella manera nuestro encuentro. No estaba nada convencida de que el chico fuese a gustarme en persona: en las fotos no parecía del todo mi tipo, y la excusa de que venía para el concierto me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza. Ahora, sin embargo, tendría que hacerle de canguro durante los dos días que pasaría en Barcelona.

Como ya me imaginaba, al verle cara a cara no sentí ningún flechazo. Su cuerpo era demasiado larguirucho, y sus botas militares rechinaban de forma irritante al caminar. Tenía, además, la inquietante costumbre de restregarse los ojos con brusquedad, como si quisiera arrancárselos. Había algo raro en él. Y, para colmo, su aliento tenía un aroma metálico desagradable, como si hubiese bebido sangre.

El primer día fuimos a dar un paseo por mi zona, a tomar un café y después a cenar. Yo estaba bastante agotada de pasar tantas horas con un chico del cual era evidente que nunca iba a enamorarme, pero no sabía muy bien cómo abordar el tema. Sin comerlo ni beberlo, me había visto atrapada en la situación que había querido evitar a toda costa: sentirme de algún modo responsable de él y verme obligada a llenar sus horas en Barcelona, dado que, al fin y al cabo, había venido por mí.

Fuimos a cenar a una pizzería un poco alejada que él conocía de una visita anterior a Barcelona. Cuando salimos del local, ahítos de queso y masa crujiente, me sugirió que le acompañase a la residencia —que quedaba a escasos quince minutos de mi casa— para escuchar música y charlar un rato más. Lo planteó con una naturalidad estudiada, como si la idea hubiera surgido en ese mismo instante y no la llevara ensayando mentalmente desde la sobremesa. Yo me veía venir una encerrona, pero fui tonta y accedí.

Y ahí fue donde, tras un rato de charla incómoda sentados en su cama —no había otro lugar donde sentarse—, él se lanzó por fin a besarme.

No sentí nada en absoluto, más allá de un inevitable rechazo y la extraña sensación de que, pese a sus casi treinta años, aquella era la primera vez que rozaba los labios de una chica.

Su forma de besar era torpe e inexperta: mantenía los brazos pegados al cuerpo e intercalaba una serie de pequeños picos sin pasión alguna y, por suerte para mí, sin lengua. Entre beso y beso abría un poco los ojos, como pendiente de mi reacción. Yo, en cambio, solo pensaba en cómo escapar de allí sin hacerle daño.

No obstante, como solía ocurrirme en aquellas situaciones, soporté sus avances sin decirle que aquello no funcionaba. Él interpretó mi silencio como una forma de consentimiento tibio; yo lo viví como una huida aplazada.

Al día siguiente, quedamos de nuevo, ya de buena mañana, para ir al cementerio de Montjuic, donde había una gran colección de estatuas de aire gótico que Ethan se moría de ganas de fotografiar con su cámara réflex.

Algo que yo había advertido, ya desde el primer momento en que le vi pertrechado con el aparato, fue que lo sostenía como un principiante, con las manos a los lados. Con toda mi buena intención —y tratando de no sonar pedante— le expliqué la forma correcta de agarrarlo, con una mano en el disparador y la otra sosteniendo el objetivo por debajo… pero no hubo manera. Esbozó una media sonrisa tensa y me dijo que «cada fotógrafo tiene su estilo».

Noté en él una susceptibilidad silenciosa, como si aquel comentario hubiera herido algo más que su técnica. Y, como si se empeñara en parecer un aficionado antes que admitir una corrección, siguió sujetándola con las dos manos a la misma altura.

Al final, tiré la toalla.

Después del paseo por el cementerio, fuimos a comer al BioCenter, uno de mis restaurantes preferidos y referente histórico del vegetarianismo en Barcelona. La decoración tenía el encanto de una biblioteca antigua: estanterías repletas de tomos vetustos dividían el local en pequeñas secciones, dándole un aire íntimo y acogedor.

Mi amigo acabó dejándose convencer por mi sugerencia de probar el seitán al chimichurri, y la comida transcurrió en un ambiente en apariencia agradable.

Yo, sin embargo, seguía arrastrando una vaga sensación de zozobra e incomodidad. No era miedo: era la intuición de que, si en algún momento decía en voz alta lo que ya sabía —que no me gustaba, que no iba a gustarme—, aquello no terminaría con una simple despedida cordial. Y empezaba a sospechar que Ethan no estaba preparado para no ser elegido.

Más tarde, merodeamos por el entrañable barrio de Gracia, aunque perdió parte de su magia al tener que fingir que sentía algo por mi amigo. No negaré en ningún momento lo cobarde que fui por no decirle la verdad a la cara, pero supongo que, en el fondo, yo tampoco tenía del todo claros mis sentimientos.

Pese a su torpeza y su incongruente infantilismo, había en Ethan una especie de pureza luminosa que me desarmaba. Me repetí que quizá, con el tiempo y algo de experiencia, sus besos mejorarían y yo terminaría desarrollando sentimientos por él. Como si el amor pudiera fabricarse por insistencia.

Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, fui desinflándome como un globo, mis fantasías hechas añicos.

Su forma de besar me horrorizaba: no me gustaba su sabor metálico, me desagradaban sus torpes muestras de cariño.

Debía afrontar la realidad: aquel chico no me atraía, ni lo haría nunca.

Por suerte, aquella misma tarde, él tomaba el tren de regreso a Logroño. Nos despedimos con más besos insípidos que fui incapaz de rechazar. Yo misma me desesperaba conmigo. Me prometí que le diría la verdad en cuanto estuviera lejos, aunque quedara feo, aunque me odiara.

Dicho y hecho: a la mañana siguiente, en cuanto me escribió un email, fui por fin sincera. Le confesé que me había precipitado, que me había confundido, y que solo le veía como un amigo.

En un primer momento, Ethan pareció tomárselo con madurez, incluso me dio las gracias por mi honestidad. Fui una ilusa al no sospechar que, en su cabeza, aquello no era un final… sino un pequeño obstáculo pasajero. Él seguía convencido de que, cuando volviera un mes y medio después para el concierto de Death in June, podría «recuperar el terreno perdido».

La cosa empezó a torcerse ya el sábado del evento.

Para empezar, el señorito Ethan —con todo el descaro del mundo, por no decir algo peor— llegó media hora tarde. El concierto del grupo que queríamos ver empezaba a las nueve y media; las puertas del Razzmatazz abrían a las ocho y, como de costumbre, antes tocaban unos teloneros que no conocíamos de nada.

Por este motivo, decidimos ir directamente al plato fuerte, una idea que, además, fue suya. Insisto en este detalle porque más tarde, en tono quejumbroso, repitió varias veces que el concierto había sido una mierda por haber llegado tarde, como si la culpa hubiera sido de los dos y no solo suya. Era asombrosa su habilidad para reescribir la realidad en tiempo real.

Yo le había propuesto quedar en la parada de metro de Marina —a pocos minutos del Razzmatazz— a las ocho cuarenta y cinco. Pero él tenía que recoger unos vinilos en una tienda de discos de Gracia, un barrio a quince minutos de mi casa. Calculó que, a la hora a la que yo saliera, él ya estaría por mi zona, y sugirió que fuéramos juntos. Acepté, y quedamos en que pasaría por mi puerta a las ocho en punto.

Los problemas empezaron cuando me avisó de que quizá llegaría a las ocho y cuarto… y poco después rectificó: serían y media. Al parecer, había tenido algún lío con la puerta del hostal —no terminé de entender qué le había pasado, aunque cada vez tenía más claro que el chico no era lo que se dice un lumbreras—, y me dio la impresión de que, por culpa de todo aquello, se había quedado sin cenar.

Soy puntual hasta rozar la obsesión, y me enerva esperar a la gente; más aún cuando no era la primera vez. En su visita anterior, ya me había tenido aguardando largos ratos cada vez que iba a recogerle al hostal.

Así que, cuando bajé a su encuentro, ya estaba irritada, y a partir de ahí la situación empezó a descontrolarse.

Nada más verlo en la puerta del edificio, le di un abrazo superficial. Hacía un par de meses de su anterior visita, y mi gesto no fue más que pura cortesía. Sin embargo, al inclinarme para darle dos besos, percibí una tensión extraña en su postura, como si estuviera calculando el momento exacto para algo.

Mis sospechas se confirmaron cuando tuve que esquivar un beso en los labios. No fue una cobra aparatosa —tampoco se me abalanzó—, pero le faltó muy poco. Lo intentó con una naturalidad insultante, como si todo lo que habíamos hablado por email no hubiera existido jamás.

Mi estupefacción fue absoluta. Ya le había dejado claro que no pensaba besarle, que solo quería su amistad. Y, aun así, actuaba como si el consentimiento fuera una mera formalidad revisable.

La situación alcanzó cotas de surrealismo cuando, al darle el segundo beso en la mejilla —después de haberle girado la cara—, el tío soltó con media sonrisa:

—¿Y el de en medio?

Yo no daba crédito. El estómago se me encogió y un escalofrío recorrió mi espalda.

Todo en él parecía ocupar demasiado espacio: sus brazos demasiado largos, su torso, incluso su mirada clavada en mí. Su tono no era juguetón, sino exigente, como si reclamara un derecho que yo le estuviera negando de manera injusta.

En aquel momento, tuve clarísimo que no me atraía en absoluto. No era solo falta de química: era puro rechazo.

Le pregunté, con voz tensa, casi suplicante, si no recordaba todo lo que habíamos hablado por email. Él sonrió, restándole importancia, como si yo estuviera exagerando. Como si aquel pequeño intento no significara nada.

Pero sí significaba algo.

Cada gesto suyo me empujaba tres pasos atrás. Su insistencia, su cercanía invasiva, esa absurda confianza con la que pretendía reescribir mis límites… todo junto me resultaba insoportable. La incomodidad dejó de ser emocional para volverse física, densa, casi visible entre nosotros.

Y aun así, en vez de dar media vuelta y volver a casa, decidí ir al concierto.

Lástima que no hiciera caso de mi instinto.

El trayecto hasta el Razzmatazz —discoteca y sala de conciertos que siempre he detestado— fue una auténtica agonía, agravada por su monumental metedura de pata.

Tomamos el ferrocarril hasta plaza Cataluña, que estaba a rebosar de turistas, borrachos tempraneros y fauna diversa. Cada paso era un empujón y, al hacer cola tras las máquinas para el transbordo al metro, mi sudor comenzó a mezclarse con el de los desconocidos que me rodeaban.

Ethan caminaba a mi lado en silencio, con aire medio ofendido; deduje que por la cobra que le había hecho unos minutos atrás.

En la línea roja hasta Marina, el vagón parecía un hervidero: cuerpos pegados, respiraciones que chocaban, olor a piel caliente y a perfume barato. Yo sudaba a chorros, parloteando sin control para

llenar el incómodo silencio que se había instalado entre nosotros desde el episodio del «beso de en medio».

Él asentía apenas, respondía con monosílabos y, de vez en cuando, soltaba un suspiro dramático, como si la noche ya estuviera arruinada por culpa de mi frialdad.

Para resumir el resto de la noche: fue un desastre.

La sala del concierto era diminuta y estaba a reventar. Un calor sofocante nos envolvía y, para colmo, algunas personas comenzaron a fumar, ignorando la prohibición como si no existiera.

Ethan no dejaba de criticarlo todo: la mala organización, la atmósfera agobiante, lo decepcionante que resultaba. Yo no sabía si se quejaba del evento o de mí.

El concierto, además, fue un auténtico coñazo.

Apenas veíamos nada: las columnas me tapaban la vista, la gente empujaba sin cesar, y cada intento de acercarnos un poco más al escenario terminaba en fracaso.

Yo quería que la Tierra me tragase. Dolor menstrual, agotamiento y rabia por el retraso de Ethan —la verdadera causa de que estuviéramos al fondo, sin ver nada— se combinaban con su desfachatez al haber intentado besarme minutos antes como si nada. Cada nota que sonaba parecía burlarse de mí, y yo solo quería que la noche terminara de una vez.

Al cabo de lo que se me antojó una eternidad, fue el propio Ethan quien sugirió que nos largáramos. Lo dijo con un deje amargo, como si fuera un sacrificio que hacía por los dos. Yo repliqué que, ya que habíamos pagado la entrada, mejor quedarnos… pero él volvió a insistir. Su tono tenía algo de reproche encubierto, como si la noche hubiera sido una decepción cuyo peso recaía sobre mí. Al final claudiqué.

Veintipico euros tirados a la basura, y una noche convertida en una penitencia absurda.

Mientras bajábamos las escaleras del metro, le dije que, si no le importaba, me iba a casa. Mi voz sonó más cansada que firme. Aunque él aseguró que lo entendía, el ambiente entre nosotros era putrefacto.

Al apearse en Urquinaona, me miró con una mezcla de dignidad herida y expectativa frustrada. Como si yo hubiera incumplido un contrato tácito que solo existía en su cabeza. Y, durante un segundo, sentí esa culpabilidad pegajosa e irracional que tantas veces nos inculcan: la de haber dicho, por una vez, lo que quería de verdad.

Yo aún tenía que llegar hasta plaza Cataluña y hacer transbordo a los ferrocarriles catalanes. Pero en ese momento —a pesar del cansancio, del dolor y del remordimiento absurdo— habría caminado hasta el fin del mundo con tal de librarme de él.

Al día siguiente, traté de autoconvencerme de que nuestro encuentro iría mejor, aunque en realidad no me apetecía nada. Me repetía que quizá la noche anterior había sido solo una acumulación de factores adversos: el calor, el metro, el concierto mediocre. Tal vez, en un entorno más neutro, todo volvería a encajar. Era una mentira piadosa que me contaba para no admitir que lo nuestro estaba muerto antes de empezar.

Fuimos al cine a ver *El Hobbit: La desolación de Smaug*, y yo seguía sintiendo una tensión insoportable entre nosotros.

Para colmo, Ethan apenas me hablaba. Se limitaba a responder con frases cortas, como si estuviera castigándome con el silencio.

El muy iluminado había regresado esa misma mañana al Cementerio de Montjuic y se había pasado allí dos horas haciendo fotos; después, había venido andando hasta mi zona, una caminata de más de hora y media. No supe si admirar su resistencia o interpretar aquel periplo como una demostración silenciosa de sacrificio.

Mientras íbamos hacia el cine, le pregunté si había comido. Me dijo que no, con un tono que rozaba la acusación. Se compró un

bocadillo y lo devoró en la cola con una voracidad casi dramática, como si llevara días sin probar bocado. Yo me sentía fatal por él y por su actitud distante, pero esa culpa automática no impedía que cada vez me resultara más raro y menos atractivo.

Durante la película ocurrió algo que terminó de descolocarme. Ethan pasó buena parte del metraje rascándose la cara, frotándose los ojos y las mejillas con un frenesí casi hipnótico. Sus manos no paraban quietas: subían, bajaban, insistían, como si intentara borrarse el rostro. Yo lo vigilaba de reojo mientras en la pantalla ardían dragones y montañas, pero cada movimiento suyo me golpeaba como un martilleo constante.

No pude resistirlo más y le susurré si le dolía la cabeza. Respondió que no, muy seco, sin mirarme siquiera. Y siguió. Sus continuos meneos en la butaca me hacían retorcerme en mi asiento; sentía cada fricción como si me rozara a mí directamente. Mi paciencia se evaporaba gota a gota, y con ella cualquier resto de ternura que hubiera intentado preservar.

Después de la película, fuimos a una cafetería acogedora cerca de mi casa. Pedimos algo caliente mientras yo me exprimía el cerebro buscando temas de conversación que no derivaran en silencios incómodos. Él respondía con monosílabos o con reflexiones grandilocuentes sobre el vacío existencial que, en otro momento, me habrían parecido profundas y ahora me sonaban impostadas.

La ansiedad social que a veces me invade comenzó a apoderarse de mí, pero esta vez era peor: sentía que todo lo que teníamos en común se había esfumado. La persona con la que me había estado escribiendo durante meses parecía haberse evaporado, y frente a mí había un impostor… o, dadas sus maneras, un alienígena. La incompatibilidad entre nosotros era extrema.

Comprendí entonces que ni siquiera podríamos ser amigos. Ethan me resultaba soso y peculiar, pero no en el buen sentido.

También lo veía torpe e irresponsable, y olvidaba cosas con una frecuencia preocupante. Aquella misma noche había quedado

con un amigo para cenar en un restaurante nepalí al que ya había intentado ir conmigo en su visita anterior, solo para descubrir que estaba cerrado los domingos. Y ese día, de nuevo, era domingo... pero no lo recordó hasta el último momento.

Puede parecer una nimiedad, pero sumando que el día anterior había tardado siglos en entrar en su hostal por un código que no tenía —o había olvidado—, y que en más de una ocasión había perdido el DNI en aeropuertos, el patrón era evidente. No era mala suerte: era desorganización crónica envuelta en victimismo.

Pero no se trataba solo de memoria o inteligencia, era su actitud ante la vida. En varias ocasiones, evitó preguntar cosas básicas y esperó, en silencio, a que yo lo hiciera por él: pedir información en un quiosco, preguntar por una tarjeta de metro, confirmar horarios. Se quedaba a mi lado, algo encogido, aguardando a que yo hiciera el trabajo por él.

Ese tipo de conducta me hacía preguntarme si aquel chico tenía de verdad veintiocho años o si tan solo había aprendido a camuflar su inmadurez bajo una estética alternativa.

Por suerte, tras un breve rato tomando un café mientras el silencio se espesaba en torno a los dos, al fin logré librarme de él cuando llegó la hora de que acudiese al encuentro de su amigo. Como por fin se había dado cuenta de que el restaurante nepalí estaría cerrado, le recomendé un sirio en la calle Verdi y me despedí con una sonrisa cortés que ya no significaba nada.

Al encerrarme en mi cuarto, me hallaba en tal estado de ansiedad y agotamiento después de esas interminables cinco horas y pico en su compañía, que acaricié la idea de no verle al día siguiente para despedirme. La sola perspectiva de repetir aquella incomodidad me oprimía el pecho.

Y, aun así, una parte de mí seguía preguntándose si desaparecer sin más no sería demasiado cruel con alguien que, en su cabeza, todavía creía estar luchando por algo.

Habíamos quedado a media mañana. La idea era visitar las catedrales que no pudimos ver la vez anterior y pasar el rato hasta que él tomase el autocar de vuelta a Logroño, con salida a las tres, según yo tenía entendido.

Sin embargo, luego me enteré de que el bus salía a las seis y media. Otro ejemplo de nuestras habituales confusiones: él decía cosas que yo no lograba entender; con el paso de los días, fui comprendiendo por qué. Su manera de hablar, rápida y desordenada, atropellaba las palabras hasta volverlas casi indescifrables.

Ethan parecía vivir en su propio mundo, uno donde las horas se diluían y los detalles carecían de importancia.

Yo, mientras tanto, intentaba descifrarlo como si fuera un jeroglífico mal tallado. Me preguntaba si el problema era mío, por no saber escuchar, o suyo, por no saber expresarse.

La cuestión es que no me apetecía nada enfrentarme de nuevo a su presencia, a la incomodidad casi palpable entre nosotros, a la falta de temas de conversación. Si era honesta conmigo misma, no quería volver a verle ni en pintura. Me daba igual inventarme una fiebre súbita o decirle, por fin, la verdad sin anestesia.

Pero cuando llegó la mañana siguiente, me sentí demasiado culpable para dejarle tirado. A fin de cuentas, se marcharía en cuestión de horas. Solo tenía que aguantarle un poco más. Un poco más… Me repetía esa frase como un mantra absurdo.

Al final, acordamos vernos en plaza Cataluña a mediodía. Un rato antes del encuentro, me avisó de que luego se nos uniría el amigo con el que había cenado la noche anterior, y me preguntó si me molestaba. No me apetecía socializar con nadie, pero le dije que no pasaba nada.

Sin esforzarme en lo más mínimo por arreglarme, me enfundé unos pantalones militares y unas Converse, y tomé el metro hacia el centro con la sensación de que iba a cumplir un trámite administrativo.

Primero, nos encontramos él y yo a solas y entramos en la catedral de Barcelona. Ethan volvió a hacer fotos —agarrando mal la cámara, pese a mis intentos de corregirle— con esa obstinación que ya me resultaba casi cómica.

Cuando le señalé, otra vez, la posición correcta de las manos, respondió con un encogimiento de hombros y una sonrisa tensa. No soportaba que le corrigieran; prefería hacerlo mal antes que admitirlo.

Me dijo que ya había ido él solo a la Basílica de Santa María del Mar de camino a nuestro encuentro. Lo contó como quien anuncia una hazaña silenciosa, esperando quizá algún tipo de reconocimiento. Yo asentí, incapaz de fingir entusiasmo.

Más tarde, su amigo dio señales de vida por WhatsApp y volvimos a plaza Cataluña para esperarlo.

Era casi la una y me rugía el estómago, pero decidí quedarme un poco más y ver con qué me encontraba.

Ya juntos los tres, fuimos a un Starbucks cercano y estuvimos hablando de cine. El amigo, que se llamaba Javi, me cayó muy bien, lo cual fue una sorpresa.

Pero lo peor fue que, aunque no era lo que se dice guapo, algo en su sonrisa traviesa y su forma de hablar me recordaba a un ex del que estuve enamorada durante años. Conversar con él resultaba natural, sin tensión, sin silencios densos que hubiera que rellenar a martillazos. Me descubrí riendo sin esfuerzo.

Noté que Ethan intervenía menos a medida que avanzaba la charla. Se quedaba un poco rezagado, observándonos con una expresión difícil de descifrar. Cuando Javi y yo intercambiamos nuestras redes sociales de manera espontánea, percibí un leve endurecimiento en su mandíbula. Fue sutil, pero estaba ahí. Como si el simple hecho de que yo congeniara con su amigo fuese una traición implícita.

Antes, cuando aún estábamos a solas, Ethan me había entregado una bolsita de una tienda de bisutería. Me dijo que era un regalo y que lo abriera cuando ya se hubiera ido. El gesto me descolocó. No sabía si interpretarlo como un detalle romántico o un movimiento estratégico.

Al despedirnos, como por suerte estaba Javi allí, evité otro posible intento de acercamiento, aunque estaba convencida de que Ethan había quedado escaldado por la cobra que le había hecho un par de días antes. De modo que nos dimos un abrazo breve y dos besos superficiales. Nada más. La despedida fue fría, casi burocrática.

Ya a solas, abrí la bolsita negra aterciopelada y encontré un anillo elegante en forma de alas de ángel. El símbolo no pasó desapercibido: alas, protección, fragilidad… o quizá posesión disfrazada de delicadeza.

Le escribí para darle las gracias. También le dije que me alegraba de no haber estado borde con su amigo, como le había advertido que podía suceder, porque al final me había caído muy bien.

Su respuesta llegó rápida. Demasiado rápida.

Me dijo que ya se había dado cuenta.

Había algo en el tono, un retintín apenas perceptible, que me confirmó lo que sospechaba: mi química con Javi no le había hecho ninguna gracia.

Unos días después de haber regresado a casa, Ethan me envió un email. En él, volvía a declararse, insistiendo en sus sentimientos y lamentando no haber sido capaz de darme lo que yo quería. El tono era lastimero, victimista.

Le respondí con calma. Le dije que no habría podido hacer nada distinto, que no era cuestión de esfuerzo ni de oportunidades perdidas. Y, por fin, fui clara: prefería cortar todo contacto. Ni

amistad, ni mensajes esporádicos. Nada de nada. Estaba agotada de sostener una compasión que no me correspondía.

Pensé que lo había aceptado, pero al cabo de un mes, me mandó otro email sin cuerpo de texto, tan solo con una frase en el asunto:

«Te echo de menos…»

Lo ignoré. ¿Qué se supone que debía contestar a eso? No era una conversación: era un anzuelo.

Días más tarde, volvió a escribirme. Esta vez el correo era largo, lleno de explicaciones, excusas y autocompasión. Se lamentaba de no haber estado a la altura, de no haber sabido entenderme, de haber perdido algo «único». Volví a contestar con educación, repitiendo que no era culpa suya, que era una cuestión de sentimientos.

Creí —de verdad lo creí— que con aquella respuesta definitiva quedaría todo cerrado. Había costado, pero tenía que haberlo captado ya.

Entonces llegó el tercer acto.

Su siguiente email ya no era triste. Era venenoso.

En aquel texto, que producía más vergüenza ajena que indignación, se jactaba de que, en realidad, yo sí estaba enamorada de él, pero era una cobarde incapaz de vivir intensamente. Decía que me arrastraba por la existencia haciéndome la víctima, que me refugiaba en la comprensión de los demás porque me resultaba más fácil que arriesgar. Según él, quienes me consolaban «me hacían un flaco favor».

Lo leí dos veces, por si había malinterpretado el tono.

No.

Aquel hombre que durante semanas había implorado atención se transformaba ahora en una especie de aristócrata herido, un marqués al que una campesina quejumbrosa había osado rechazar.

Su orgullo, incapaz de aceptar un no, necesitaba reconstruir la historia: si yo no lo elegía, era porque tenía miedo. Si no lo amaba, era porque no sabía amar. La narrativa perfecta para no asumir el rechazo.

Y ahí, por fin, se me evaporó la compasión.

Le contesté con la misma crudeza con la que él había decidido hablarme. Sin anestesia, sin adornos. Le dejé claro que el único motivo por el que no había querido tener nada con él era simple y llano: no me atraía en absoluto. Que no había misterio psicológico ni tragedia griega detrás. Y que sus palabras, a esas alturas, me importaban lo que venía a ser una mierda.

Fue brusco. Directo. Quizá incluso innecesariamente cruel.

La verdad es que, con el tiempo, he pensado que me pasé un poco. Pero también sé que, al escribir aquella respuesta, dejé de proteger el ego ajeno a costa del mío por primera vez.

Y puedo cerrar esta historia con una buena noticia: jamás volví a saber nada del marqués del rechazo ofendido.

EL DELINCUENTE DEL POLO LACOSTE

No recuerdo en qué *app* de citas le conocí, pero sí que me gustó nada más ver su foto. Era moreno de piel, con el pelo castaño, ondulado y con toques de oro. Sus ojos eran cautivadores, de un color muy oscuro, profundos e inocentes a la vez. Todo en él me hacía pensar en algo dulce y cremoso: canela, chocolate, café con leche. Algo cálido, reconfortante, casi comestible.

Se llamaba Toni y trabajaba en *marketing*. Era adicto al tenis y tenía un aire bastante pijo. También parecía estar siempre muy ocupado, porque me costó más de un mes conseguir que concretáramos nuestro primer encuentro.

Al final, decidimos cenar juntos en una Tagliatella, una cadena de restaurantes italianos que por aquella época yo frecuentaba bastante.

Ya de entrada, me molestó que me cambiara la hora de la cita en el último momento. Alegó que se había entretenido en uno de sus eternos partidos de tenis, que había acabado comiendo casi a las cinco de la tarde y que no se veía capaz de cenar a las ocho y media.

Yo alucinaba: no era un buen presagio comenzar con mal pie, pero llevaba tanto tiempo esperando aquella cita que al final claudiqué y acepté quedar una hora más tarde.

La primera impresión no fue tan buena como esperaba.

Me sorprendió que estuviera un poco fondón; con tanto partido de tenis me lo había imaginado esbelto, al margen de que en las fotos se le veía mucho más en forma.

En cambio, en persona, el polo ajustado le marcada unas poco favorecedoras lorzas por encima de los pantalones chinos, y visto de

cerca era mono… pero no tan guapo como había imaginado. Eso sí, su piel se adivinaba suave al tacto y, cuando sonreía, se le formaban unos hoyuelos encantadores que compensaban bastante el conjunto.

Recuerdo que, siendo yo vegetariana, me repugnó bastante lo que él había pedido para cenar: *carpaccio*. El aspecto sangriento de aquel plato me provocó un leve acceso de náuseas que traté de disimular mientras él lo engullía vorazmente.

Tampoco me convenció demasiado su personalidad, algo pomposa y altiva, aunque por suerte, eso no impidió que la conversación fluyera con relativa naturalidad.

Al terminar de cenar, Toni propuso que diéramos un paseo por la ajetreada Avenida Diagonal. Caminamos envueltos en el caos habitual de motores rugiendo y bocinazos impacientes, mientras sobre nuestras cabezas la contaminación lumínica apenas permitía atisbar la vaporosa silueta de una luna creciente. La escena no podía ser menos romántica, y yo me sentía incómoda en compañía de aquel hombre que, pese a llevar un mes hablando conmigo, seguía siendo un completo desconocido.

Terminamos sentándonos en un banco para seguir charlando un rato, mientras, de fondo, la orquesta circulatoria seguía amenizando la velada con su sinfonía de tráfico nocturno.

Cuando ya pasaban de las once, le dije que se hacía tarde y me despedí con dos besos. La cita apenas había durado hora y media y, sobra decirlo, entre nosotros no había pasado nada.

Tampoco estaba segura de querer que eso cambiara.

Transcurrieron unas buenas tres semanas hasta nuestro siguiente encuentro, pues, como siempre, Toni estaba demasiado ocupado para quedar. Siempre pretendía que nos viéramos a las tantas de la noche, alegando sus mil ocupaciones diarias. Así que, al final, viendo que sería el único modo de volver a verle, acepté quedar para tomar algo después de cenar.

Era una noche de principios de verano, con una atmósfera bochornosa que solo se veía aligerada por la leve brisa que corría de tanto en tanto. El cielo se mostraba opaco y opresivo, preñado de nubes cromadas que amenazaban lluvia.

Nos encontramos a los pies de la Casa Batlló. Yo quería llevarle a Les gens que j'aime, uno de mis pubs preferidos, situado a pocos pasos del Museo Egipcio de Barcelona.

Lo había descubierto años atrás, con motivo de las reuniones bisemanales que mantenía con mi viejo club de literatura. Era un local subterráneo y de aspecto curioso, donde en ocasiones se realizaban lecturas de tarot. El ambiente excéntrico ideal para mis gustos poco comunes.

Aquella noche, Toni parecía todavía menos en forma que en la cita anterior, con aquella persistente manía de enfundarse en polos de pijo que le marcaban michelines. Además, se comportaba de forma diferente: esquivo, misterioso. Siendo sincera conmigo misma, ya desde nuestras primeras conversaciones a través de la *app* de citas me había parecido que ocultaba algo. Aquel secretismo, aquella constante falta de tiempo… sus excusas, su forma de hacerse el remolón.

Sin embargo, poco imaginaba yo las cotas de surrealismo que iba a alcanzar la noche.

Tras varias cervezas, quizá envalentonado por el aturdimiento etílico —yo seguía bien sobria, sorbiendo mi Coca-Cola con desgana —, Toni esbozó una sonrisa macarra y, sin venir a cuento de nada, me soltó:

—¿Me creerías si te dijera que he estado en la cárcel?

Yo solté una carcajada de incredulidad, que se me cortó en seco cuando él se sacó el móvil del bolsillo y me enseñó las típicas fotos policiales de frente y de perfil. Por la expresión de orgullo con que me las mostró, se diría que para él eran un trofeo.

Yo no daba crédito. No sabía si volver a reírme o salir corriendo. Las burbujas del refresco parecían borbotear en mi estómago y, de pronto, me imaginé una escena esperpéntica en la que le vomitaba encima.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué hiciste?

—Cuando tenía dieciocho años, era adicto a robar coches —se jactó, guardándose el móvil en el bolsillo de los pantalones con dificultad. Yo temía que le reventaran de lo apretado que iba—. No era algo tan grave, solo los cogía para ir a dar una vuelta y después los abandonaba. Al final, un día me pillaron y acabé un par de noches en el calabozo, hasta que me llevaron al juzgado de guardia.

—Pero… ¿llegaste a cumplir pena en prisión?

—No —confesó él, como si aquello le restara puntos a su condición de canalla *cool*—. Después de esas dos noches horribles, me dejaron en libertad con cargos, pendiente de juicio más adelante. Al final, por suerte solo tuve que pagar una multa. Bueno, la pagaron mis padres.

Hizo una breve pausa para darle un sorbo a su cerveza y prosiguió:

—Aun así, las dos noches que pasé en el trullo no se me olvidan: como me arrestaron un sábado a las tantas, hasta el lunes no pudieron llevarme al juzgado. No te imaginas la peste a desinfectante que metía, el frío, la luz fluorescente dándome en toda la cara… Fue una pesadilla.

Después de semejante confesión, sobra decir que el ánimo de la cita decayó bastante. De hecho, yo comencé a aburrirme de tal modo que se me ocurrió la peor idea posible: lanzarme a besar a mi amigo el ex convicto, cualquier cosa con tal de pasar el rato.

Así, el resto de la cita lo pasamos liándonos, sin gran entusiasmo por mi parte, todo hay que decirlo.

Cada vez que le rodeaba con los brazos, notaba el bulto de sus michelines sobresaliendo por encima de la cinturilla del pantalón,

una presencia blanda e inevitable que contrastaba con la imagen de macarra peligroso que él parecía tan orgulloso de cultivar. Al menos olía bien, como a ropa recién lavada, lo cual, dadas las circunstancias, ya era algo.

En realidad, no tenía muy claro por qué estaba comportándome de aquel modo. Tal vez formaba parte de mi conocida vena autodestructiva, esa tendencia a inclinarme siempre hacia tipos de dudosa moral.

Aunque, pensándolo bien, creo que nunca había caído tan bajo como para liarme con un delincuente. O con alguien que se esforzaba tanto por parecerlo.

No recuerdo gran cosa más de aquel segundo y último encuentro. Diría que ambos fuimos ignorándonos poco a poco, con esa elegancia pasivo-agresiva tan propia de las relaciones que nunca llegan a ser nada. Los mensajes se espaciaron, las respuestas tardaron cada vez más en llegar, hasta que un día dejamos de escribirnos y la historia se disolvió por sí sola.

Solo ahora, muchos años después, me pregunto si aquellas fotos de ficha policial serían reales… o si, en realidad, fui víctima de una broma de muy mal gusto. Toni parecía tan satisfecho enseñándomelas que no sabría decir si aquello era una confesión o una actuación ensayada.

Supongo que nunca lo sabré.

Sin embargo, una parte retorcida y tenebrosa de mi espíritu se regocija al pensar que mis labios se enredaron con los de un criminal, incluso aunque fuese de pacotilla.

EL ALTERNATIVO VIP

Comenzamos a hablar una mañana, a través de una web cutre de citas que incluía un chat en directo.

Yo estaba atravesando un mal momento a nivel personal, y me había aislado de forma voluntaria de todos mis amigos y conocidos. Las únicas personas con las que hablaba por aquellos días eran mi familia, y apenas.

Sin embargo, aquel soleado sábado de invierno, de repente, me entraron ganas de hablar con alguien nuevo. Alguien que no me conociera, que no supiera nada de los demonios que invadían mi mente… alguien que no me juzgara.

Fue así como, de forma totalmente aleatoria, comencé a chatear con él, y enseguida congeniamos.

Se llamaba Edu, tenía tres años más que yo y daba la casualidad de que no vivía muy lejos de mí. Era un tío de lo más inquieto: estudiaba, trabajaba, tenía un montón de amigos, ayudaba a sus padres en todo lo que podía, y se movía arriba y abajo tanto en coche como en moto.

Asimismo, se dedicaba a hacer anuncios de la tele de vez en cuando, cosa que me chocó tanto como su aspecto: llevaba rastas largas hasta media espalda y una poblada barba que, junto con su nariz ganchuda y piel algo morena, le daban un aire a Jesucristo.

También me recordaba al personaje de una serie que veía yo por aquella época sobre las aventuras de Merlín en su juventud, en concreto a un caballero de Camelot un poco descarado y caradura llamado Sir Gwaine, apodo con el que comencé a llamarle al poco de conocernos.

No era mi tipo en absoluto, pero tenía un desparpajo y un morro que enseguida me sedujeron. Era del todo opuesto a los chicos con los que solía quedar, así que, cuando me propuso vernos

aquella misma noche para tomar algo, le dije que sí sin pensármelo dos veces.

Quedamos en el Triangle de plaza Cataluña a las diez en punto de la noche.

Yo no me arreglé demasiado: no estaba buscando nada, ni esperaba gran cosa de aquel encuentro, pero Edu me sorprendió para bien.

Pese a no ser lo que se dice guapo, tenía un carisma potente y abrumador. No era muy alto y estaba más bien delgado, pero impactaba con aquel look tan alternativo —las rastas oscuras, la barba de vikingo, las dilataciones de las orejas—, si bien sus modales y sus orígenes eran más tirando a pijos. De hecho, un tiempo después cotilleé su Facebook y me quedé a cuadros cuando le vi con su aspecto anterior: camisa de Ralph Lauren, reluciente melenita peinada a lo chico de Pedralbes, rostro afeitado con piel de bebé.

Aquella primera noche, fuimos a un bar cualquiera del centro, él se tomó una cerveza y yo una Coca-Cola con hielo, y charlamos de todo y de nada para conocernos un poco mejor, aunque yo no desvelé mucho de mí misma.

Siendo sincera, no recuerdo mucho de aquella noche, pero sí que al despedirnos me ofreció llevarme a casa en su moto, una imitación cutre de una Harley Davison cuya marca no recuerdo, pero sé que era de gama tirando a baja y bastante hortera.

Lo más sorprendente del paseo fue cuando, sin venir a cuento —no había pasado nada entre nosotros—, me plantó la mano en el muslo y se dedicó a acariciarlo con insistencia. A pesar de lo que podría esperarse, su descaro no me molestó, al contrario, me resultó gracioso y refrescante. Me gustaba su forma de vacilarme, sus formas chulescas y lo creído que se lo tenía. Si bien, con el tiempo, esa actitud prepotente e interesada sería precisamente lo que me alejaría de él.

En los siguientes encuentros, la personalidad de Edu se fue perfilando. Era tozudo y cariñoso, borde en ocasiones y un sinvergüenza encantador. Egoísta, pero capaz de ternura; pasota casi siempre, pero cuando se implicaba, te hacía sentir el centro del mundo.

Al cabo de unas cuantas citas, me invitó a su piso a ver una película, y yo accedí sin dudar. A aquellas alturas, ya le había hablado de algunos problemas mentales bastante serios por los que atravesaba, y sabía que no intentaría aprovecharse de mí.

No obstante, sí que nos besamos aquella noche, y la experiencia me dejó con sentimientos encontrados. Por un lado, me atraía mucho aquel chico que podía ser dulce y brusco a la vez, pero nunca he sido fan de las barbas, aún menos las pobladas, y recuerdo que los pelos de la suya se me metían por la nariz cuando uníamos nuestras bocas. La impresión fue tan chocante que se me quedó grabada.

Comprenderéis, pues, que la cosa no pasara a mayores, pero yo me empeñé en seguir quedando con él, pese a que, ya desde un principio, Edu me dejó claro que yo no era su prioridad.

Me daba largas cuando le proponía quedar o, directamente, me decía que tenía que estudiar el finde entero. Luego, en el último momento —a las siete de la tarde de un sábado, por ejemplo— me tanteaba para ver si estaba disponible. Mi teoría era que se le había anulado otro plan, o que de verdad era tan presuntuoso como para suponer que yo iba a esperar a que le diera la gana verme.

Como resultado, nuestras citas eran improvisadas y cortas, pero siempre cargadas de intensidad. Íbamos al cine, a tomar algo, a pasear por el muelle y contemplar el mar, compartiendo besos largos y ardientes a pesar de su molesta barba. Veíamos alguna peli en su casa o dábamos vueltas por la ciudad, fuera andando o a bordo de uno de sus vehículos.

Recuerdo una noche que nos subimos en su coche y aparcamos en el mirador del Tibidabo. De nuevo, yo no tenía

ninguna intención de tener sexo con Edu, ni creo que él se lo planteara. Sabía que su relación conmigo tenía que mantenerse en unos límites casi infantiles, por los problemas a los que he hecho alusión antes y en los que prefiero no ahondar.

Aquella noche fue especial: por fin, se abrió un poco conmigo y me confesó que su hermana mayor tenía el mismo trastorno que yo. También intentó ayudarme, a su manera resolutiva, cariñosa y seca al mismo tiempo.

Aun así, creo que ambos sabíamos que no conseguiría gran cosa; no lo hacía por estar enamorado de mí ni porque buscase una relación, sino tan solo porque me tenía cariño, como el que se tiene a una mascota que nos apetece pasear y mimar de vez en cuando.

Yo, sin embargo, fantaseaba con la idea de que nos convirtiéramos en pareja. Aunque él no era en absoluto mi prototipo de hombre, ni física ni mentalmente, estaba sedienta de amor, y habría hecho cualquier cosa por obtener unas migajas de afecto. Por ejemplo, esperar a que me dedicase su atención cuando no tenía que trabajar, estudiar o hacer vete a saber qué mil cosas más importantes que yo. Permanecer conectada en el chat de Facebook hasta altas horas de la noche, esperando un mensaje suyo.

Después, las conversaciones solían decepcionarme y acababan con morros por mi parte, pero me costó escarmentar y mandarle a tomar viento.

Una vez lo hice, sin embargo, él no se dio por vencido.

Y es que, desde ese momento, y a lo largo de los años, Edu siguió reapareciendo en mi vida, sobre todo por redes sociales, o mandándome algún mensaje de WhatsApp cuando se aburría. Yo me imaginaba que le apetecía volver a tener a su disposición a la mascota que le había bailado el agua durante un frío invierno, pero nunca volví a caer.

Lo curioso es que su vida no cambiaba, por más que pasara el tiempo: siempre andaba haciendo malabarismos con empleos y estudios, así como oportunidades para salir en la tele. Mil y una

actividades que le hacían tratarme siempre como si fuera un miembro de la nobleza, o un actor de Hollywood que se hubiese dignado a quitarse las gafas de sol y deslumbrarme con su sonrisa. Lo único que desapareció con el paso de los años fueron sus rastas; volvió entonces a adoptar su melenita rizada a lo caballero de la mesa redonda.

Aún hoy no le he perdido la pista, y sé que él siempre mantuvo la esperanza de tener sexo conmigo algún día, cosa que intentó varias veces a lo largo de los años… obteniendo siempre una negativa por mi parte. Sobra decir que su absoluta falta de vergüenza —los comentarios lascivos que me dedicaba, la insistencia por dejarnos llevar por la electricidad que latía entre nosotros — dejaron pronto de hacerme gracia, pasando a hacerme sentir degradada, como un objeto de usar y tirar.

Solo espero que, quienquiera que llegue a conocerle en el futuro, no se haga vanas esperanzas sobre lo que Mr. VIP está dispuesto a ofrecer. Yo, como el protagonista de la película *500 días juntos*, me ilusioné como una tonta con nuestra relación, aunque él siempre me dejó claro, desde el principio, que no buscaba nada serio. Lástima que yo optase por ignorarlo… al menos durante un tiempo.

Son curiosas las mentiras que nos contamos a nosotros mismos.

Y aun así, siempre me quedará el recuerdo de sus ojos oscuros y relucientes clavados en los míos, la euforia de viajar abrazada a él en su moto, el rugido del mar acompañando nuestros paseos por el puerto.

Todavía hoy puedo sentir el calor dulce de su cuerpo, con aroma a ropa limpia, cuando nos acurrucábamos en el sofá y, por un instante, todo parecía eterno: la luz, el silencio, la cercanía; todo se fundía en un momento perfecto que solo existía para nosotros.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Obras independientes:

Los amantes del espejo

Una luz en la oscuridad

Al final del pasillo

El día que cambió mi vida

Fantasmas de niebla

Apps de ligue y otros cuentos de terror

Trilogía de Las Sombras de Bécquer:

Las Sombras de Bécquer

El Clan de los Malditos

La Orden de Casanova

Saga Foscor:

Sombras de raso

La fábrica de muñecas

El Cabaret de la Noche

Los tres deseos

El bosque de oro

Belleza de sangre

Las lágrimas del Dios Dragón

El mundo al revés

SOBRE LA AUTORA



Myriam Oliveras nació un día de primavera en Barcelona. Con ocho años ya inventaba sus propios cuentos de intriga, inspirados por la literatura juvenil de R.L. Stine, Enid Blyton y Christopher Pike, sus primeros referentes.

Desde ese instante, no dejó de escribir relatos de todo tipo e incluso poemas, pero no fue hasta los dieciocho años cuando se atrevió con su primera novela. Se trataba de *Los amantes del espejo*, un thriller histórico con tintes de fantasía que gira en torno a una misteriosa reliquia.

Más tarde vendrían *Una luz en la oscuridad, Al final del pasillo* y la saga juvenil *Foscor*, que por ahora cuenta con ocho entregas. En *Las Sombras de Bécquer*, la autora rinde homenaje al poeta romántico español Gustavo Adolfo Bécquer, a quien admira desde la adolescencia. La segunda parte, titulada *El Clan de los Malditos* y ambientada en París, se centra en la figura del poeta francés Charles

Baudelaire. La tercera y última parte de la trilogía, que transcurre en Venecia, se centra en la figura del seductor Giacomo Casanova.

Myriam tiene una licenciatura en Traducción e Interpretación, así como un Máster en Formación de profesorado. Tiene nociones de alemán y habla con fluidez inglés y francés, además de sus lenguas maternas, español y catalán.

La autora sigue viviendo en Barcelona, y todas sus obras pueden adquirirse gratuitamente en Amazon a través de Kindle Unlimited.

Su perfil en Instagram es **@myriam.oliveras**, donde publica textos propios y reseñas. A la autora le encanta recibir mensajes de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto con ella y contarle qué te ha parecido el libro :)